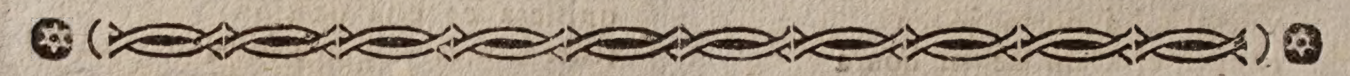
COMEDIA FAMOSA.

LA NEGRA POR EL HONOR.

DE DON AGUSTIN MORETO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Don Cosme Luxan, Galan. *** *Doña Leonor Centellas, Dama.* *** *Don Claudio.*
Don Lope Faxardo, Galan. *** *Doña Clara, Dama.* *** *Lelio, Caballero.*
Don Jayme Centellas, Barba. *** *Miron, Gracioso. Celio, Page.* *** *Floro, Jardinero.*



JORNADA PRIMERA.

Salen Doña Leonor, y Don Lope siguiendola.

Leon. SEñor Don Lope Faxardo,
vuesamerced se reporte,
que para ser mas cortés,
obligaciones le corren.
Qué le incita, qué le mueve,
qué le obliga á que malogre,
siendo descortés conmigo,
lo que le dió estirpe noble?
Si la nobleza heredada
de ilustres antecesores
le incita, obliga y mueve,
por estar en cuerpo jóven,
á extragar la urbanidad,
advierta, que no es conforme
á las leyes de hidalguía;
ántes bien en el mas noble,
como la virtud ilustra,
como en remotas regiones
se extiende el nombre y la fama,
con que gana mas renombre,
de la misma suerte pierde
(y aun con alas mas veloces)
lo que le dió la nobleza,
quando con acciones torpes
procura ser homicida
del honor; porque el mal nombre,
la mala fama, el mal hecho,
los insultos y traiciones,
lo veloz hurtando al rayo,
de tal suerte se dispone,
que haciendo cerca el destrozo,
el trueno mas cerca se oye;
y deslustrado una vez
el honor, aunque pregone
la fama, que fué mentira,
las malas inclinaciones
dan mas crédito á lo malo,
que á lo bueno; y no hay quien borre
lo malo, que se imprimió
en villanos corazones:
Y así, pues de su linage
heredó, señor Don Lope,
lo que Valencia no ignora,
y lo que el mundo conoce;
desista de empresas tales,
su intencion atras se torne,
muera su intento en agraz,

su orgullo se desentone,
que de esta suerte dará
mas brillantes explendores
al tronco de los Faxardos:
mas si por serlo, se opone
al lustre de la nobleza,
pretendiendo se desdore
de los Centellas el oro,
sepa, que mi pecho esconde
centella, que vuelta en rayo,
á los Faxardos destroce;
y sacada de su esfera
tantos vapores convoque,
que con diluvios de sangre
á toda Valencia ahoge.
Ea, á la calle se salga,
ea, á su casa se torne,
que si lo entiende mi padre,
aunque el ser viejo lo estorbe,
la afrenta le dará brios,
y esgrimirá como jóven
contra el Caín de su honra
el ya retirado estoque.
Y quando á mi padre falte
el aliento, yo en su nombre,
como Centella impelida
de su centro, que en el monte
no respeta laurel sacro,
olmo altivo ó tosco roble,
no sabré tener respeto,
llevando el honor por norte,
á quantos Faxardos hay,
no en Valencia, en todo el Orbe.
Y así, cortés le suplico,
ántes que mas se amontonen
rigores de mi nobleza,
que aqueste Reyno alboroten,
que me dexe, y que se vaya;
pues conoce, que es de bronce
mi pecho á tiros lascivos:
sin que yo mas le informe,
pudiera haber conocido
en dos años ha, que torpe
pretende con galanteos,
lo que no es justo que goze.
Yo pues, yo nunca admití
ni sus ternezas ni amores,
ni sus quejas ni suspiros,
ni sé, que ocasion se tome
á tales descortesías.
Yo soy Centella, y soy noble,
y el honor que me ha entregado
mi padre, aunque se trastorne
el mundo, le he de guardar
puro y limpio. No se asombre
de verme con tanto brio,
de escucharme estas razones,
de mirarme tan valiente,
que el honor en pechos nobles
da esfuerzos, da valentias,
da brios y da valores,
para que animosa y fuerte,
destrozando sinrazones,
tome la muger mas frágil
venganza de un pecho doble.

Lope. Quisiera, Leonor hermosa,
Sol de aquestos orizontes,
Sirena de aquestas selvas,
y gloria de aquestos bosques;
quisiera en esta ocasion
tener libres mis acciones,
ser dueño de mi alvedrio;
mas no soy mio, y dispone,
mi dueño, pues que en dos años
á mis finezas y amores
has sido en tus enterezas
áspid sordo y roca inmóbil,
que use de poder y fuerza,
para que por fuerza goze
el nacar de tus mexillas,
los rayos de tus dos soles,
el ambar de tus alientos,
y el todo que te compone:
que del dueño de aquel Dios,
á quien se rinden los Dioses,
con ser rapaz y vendado,
ordena, manda y dispone,
que quien se niega á finezas,
no se libre de rigores.
Dos años ha que te adoro,
dos años que eres de bronce,
y dos años ha que roca
te resistes á los golpes
de mi amor; es tanto el fuego
que ya en mi pecho se esconde,
que encubrirle es imposible,
aunque quieran mis pasiones.
Viste cristalina fuente,

que entre los troncos de un roble
brota humilde cristal puro,
y poco á poco entre flores,
que lisonjea apacible,
hace que el cristal se enrosque,
hecho serpiente de plata
una vez, y otras azogue;
y despues ya represado,
porque hay paredes, que estorben
su corriente, sirve al Sol
de cóncavo espejo, á donde
sus mexillas arrebola,
y sus guedejas compone,
hasta que llega creciente,
que grillos y estorbos rompe,
y con la fuerza del agua
no hay flores que no deshoje,
no hay tronco que no atropelle,
no hay mirto que no desflore,
no hay olmo que no deshaga,
no hay laurel que no destronque,
no hay búcaro reservado,
por donde quiera que corre?
Pues así mi amor ha sido,
que de mirar los candores
de tu belleza, nació,
por lo pequeño, tan pobre
y tan humilde, que apénas
se determinan entónces
de publicar por cobarde
los pensamientos menores.
Dióse, al fin, al galanteo,
á la fineza entregóse,
y como sierpe de plata
se enroscó en dulces renglones;
pero hallando resistencia
en tu pecho, represóse
de tal suerte en mis entrañas,
que cercado de temores,
cobarde ha estado dos años,
hasta que ha hecho, que brote
tanto diluvio de fuego,
que sin mirar á lo noble,
atropelle valentías,
y resistencias apoque.
Mira tú, Leonor hermosa,
si puedo, aunque mas te enojes,
por dar á tu honor la vida,
dar á mi amor muerte enorme.
Esto imposible ha de ser,
y así, Leonor, ó disponte
á admitir finezas mias,
para que no se malogre
el gusto de amor tan fino,
ó perdona estos rigores,
pues me obligan tus desayres
á que por fuerza te goze.

Leon. A espacio, señor, á espacio:
eso de gozar se borre,
que primero de los Polos
se destroncarán los gonces,
que llegue á colmo su intento;
que para que no se logre,
si en el duelo del Amor
aquesa ley se dispone,
el honor dispone y manda,
que se aprovechen de voces,
quando las fuerzas faltaren:
que no es justo que los hombres,
llevados de su apetito,
cándida azucena roben,
rosa nacarada ultrajen,
y puro jazmin deshojen.
Pero demos caso ahora,
que aquí forzada me goze,
qué se ha de quedar despues?
Amor? no, que el amor torpe,
en gozando lo que quiere,
se deshace y descompone:
Gusto? ménos; porque el gusto
es natural en el hombre
en tristeza convertirse.

Lope. No dilates con razones
sofísticas el gozarte,
que ántes crecen los amores,
las caricias y ternezas;
pues siendo dos corazones,
uno se hace solamente.

Leon. Esa union en lazos torpes,
no es union indisoluble;
pues se vé, que el mas Adónis
con un asomo de zelos
las finezas interrompe:
y quando parece crecen,
y es causa que se desdore
el honor de la que tiene
por amiga, y el que pone
en lenguas cosa tan grave,

A 2 aun-

aunque suspire, aunque llore,
aunque se lamente, y diga,
que le ahogan sus pasiones,
y que es amor todo aquesto,
que relata y que propone;
no es amor, sino cortina
de su torpeza. *Lope.* Aunque informes,
en defensa de tu honor,
con argumentos mayores,
no viene á ser de importancia;
y así es bien, Leonor, que tomes
resolucion de humanarte,
pues yo la tengo esta noche
de gozarte, aunque no quieras.

Leon. Primero verás los montes
mas erizados, jardines
de murta, arrayan y flores,
que logres tu pensamiento.

Lope. Ea, Leonor, no des voces:
dame siquiera una mano.

Leon. La que se precia de noble,
solo la da á su marido;
y el que pretende consorte,
nunca fuerza, porque es fuerza,
que se hagan informaciones,
para que sentencie el Juez,
que se case, ó que la dote;
y el honor que anda en papeles,
aunque testigos le abonen,
no cobra lo que ha perdido:
y quando al fin se despose
con ella, como es por fuerza,
nunca están los dos conformes.
Y á mi honor le está mejor,
porque el mundo me corone,
morir ántes, que rendirme
á tan locas pretensiones.

Lope. Pues vive Dios, que esta daga
ha de mancillar su corte *Saca la daga.*
en el carmin de tu sangre.

Va á darla con la daga, y sale Don Jayme Centellas, Barba, con luz.

Jayme. Qué es esto, señor Don Lope?
en mi casa á tal hora
con el acero en la mano? bien se dora
el honor de esta casa,
(el corazon de rabia se me abrasa!) *ap.*
qué venida es aquesta?
hablad, Don Lope; pero la respuesta
(todo es desasosiego)
entre turbado, entre confuso y ciego
la estareis coloriendo
en vuestro pensamiento, á lo q̃ entiendo:
ella será fingida,
por darle al honor mio alguna vida.
Ha, Leonor, quién dixera,
q̃ mi honor por tu causa así estuviera!
ya querrás disculparte,
quando de esta manera vengo á hallarte,
con que no tienes culpa,
y en ocasiones tales no hay disculpa.

Leon. Padre y señor::- *Jayme.* Ha infame!
no ha de asombrarte de q̃ así te llame;
que una muger honrada,
siempre la puerta ha de tener cerrada,
y nunca así estuvieras,
si con gusto á quien llama no le abrieras.

Leon. Digo, señor::- *Jayme.* No digas,
q̃ á mas enojos con hablar me obligas:
vete de mi presencia. *(Vase.*

Leon. Ya me voy, pues me das esa licencia.

Jayme. Don Lope, claro hablemos;
de andar con circuloquios excusemos,
que quando hay mucha pena,
no tengo la retórica por buena.

Lope. Digo pues brevemente
(aunque esta ocasion ha sido urgente,
para formar sospechas,
q̃ al lustre de tu honor se tiran flechas.)

Jayme. Qué cosa tan pesada! *ap.*

Lope. Que tu hija Leonor no está culpada
en abrirme la puerta;
ella, señor Don Jayme, estaba abierta;
y viniendo á buscarte::-

Jaym. D. Lope, para qué? *Lope.* Para rogarte,
que á tu sobrina hablases,
y con ella, aunque indigno, me casases:
subí por la escalera;
Doña Leonor salió á saber quien era,
y por tí preguntando,
azucenas y rosas deshojando,
me dixo, que su prima Doña Clara
no intentaba casarse:
y mi amor comenzando á exâsperarse
furioso y sin sentido,
la voz turbada y el color perdido,
la causa preguntando,
ella tambien me dixo titubeando,
que

que Monja ser queria:
y viendo que mi amor no conseguia,
siendo Monja, su intento,
sin juicio, y sin razon el pensamiento,
entre turbado y loco,
para matarme le faltó muy poco.
Jayme. Basta, Don Lope, basta,
para saber que mi Leonor es casta:
hora es de recogernos,
tiempo nos queda en q̃ podamos vernos:
yo veré á mi sobrina,
y si acaso á ser Monja no se inclina,
apoyando tu intento,
trataré de los dos el casamiento.
Lope. Qué importa que lo trate, *ap.*
si todo quanto he dicho es disparate.
Vanse, y salen Don Cosme Luxan y Miron.
Miron. Quando habemos de volver
á Barcelona? *Cosme.* No sé.
Miron. Pues yo ménos lo sabré;
pero si acabaste ayer
tus negocios, y te han dado
todo lo que has pretendido,
no ves que es tiempo perdido
estarte aquí? *Cosme.* He comenzado
otros negocios mayores.
Miron. Mayores? y de qué son?
Cosme. De una secreta aficion.
Miron. Ahora tratas de amores?
ahora das en ser tierno,
quando tratas de partirte?
si pudiera persuadirte,
que salieras de ese infierno,
y á caballo te pusieras,
sé que te estaba mejor,
porque el Valenciano amor
todo es trazas y quimeras.
Y quando pienses que estás
mas servido y mas pagado,
en habiéndote pelado,
pelado te quedarás.
Pero no sabremos quién
aquesa Sirena ha sido,
que te ha encantado el sentido?
Cosme. Por la ley de hombre de bien,
que aunque decírtelo quiera,
no sabré decir quien es.
Miron. No te quejarás despues,
si digo que son quimera
los Valencianos amores;
pues la primera ocasion,
que has tomado, es confusion,
y no es de las menores.
Porque amar, y no saber
á qué sugeto se ama,
aunque sea bizarra Dama,
fantástica viene á ser.
Qué fundamento has tenido,
para estar enamorado
de muger que no has hablado?
Cosme. Que estés atento te pido.
Saliendo ayer del Aséo
salió tras mí una muger,
que su talle y parecer
deseo daba al deseo:
y juzgué por lo exterior,
mirándolo tan ayroso,
que será mas primoroso
lo secreto, y lo interior.
Detuve el paso á mirarla,
y ella tambien le detuvo,
y como ví que no anduvo,
fué forzoso el galantearla.
La cabeza descubrí,
ayrosa correspondió,
y allí el amor comenzó
á hacer suertes en mí.
Quise mas cerca llegar,
para decirla mi empleo;
pero su ayroso meneo
no me concedió lugar.
Fuése, y el pecho alterado
con los incendios de Amor,
sintiendo un nuevo calor,
me dexó medio picado.
Y deseando saber
quien era, la fuí siguiendo,
aumentándose y creciendo
el fuego, que empezó á arder.
Al revolver de una esquina
con destreza y con donayre
por favorecerme el ayre,
fué sumiller de cortina.
Y siendo yo girasol,
ví con ansias y desvelo,
mucho sol en poco cielo,
mucho cielo en poco sol.
En adorno natural

bor-

bordó su rostro hermoso
con un carmin vergonzoso,
por verse sin el cendal.
En el cielo, que mostró,
unos ojos ví serenos,
que el matarme fué lo ménos,
y lo mas fué el verlos yo.
Enojada contra el ayre
esta belleza divina,
volvió á correr la cortina
con rigor y con donayre.
Y como yo cubrir ví
con cortina negra el cielo,
con mas ansia y mas desvelo
quedé mas fuera de mí:
Porque entre dolor tan fuerte,
faltándome su belleza,
colegí que tal tristeza
es anuncio de mi muerte.
Su viage prosiguió,
yo sus pisadas seguí,
no sé en qué me divertí,
y mi Dama se ocultó.
El corazon hecho brasa
me dexó en mayor empeño,
pues no conocí á mi dueño,
ni puedo decir su casa.
Y estando tan empeñado,
mira tú, si de amor sabes,
si son negocios mas graves
los que ahora he comenzado.
Miron. Buen remedio. *Cosme.* Qué remedio
(ay Miron!) me puedes dar?
Miron. El mejor que se ha de hallar,
es que pongais tierra en medio;
que amar sin saber á quien,
viene á ser grande locura.
Cosme. Este remedio, no es cura,
que usar de ella me esté bien:
porque si yo me ausentase,
por carecer de esta gloria,
cómo haré que la memoria
de esta gloria se olvidase?
Si yo pudiera borrar
del papel del corazon
aquesta impresa aficion,
bien se pudiera tomar
el remedio que me has dado:
mas viene á ser contra mí,
pues viene á crecer así
mas la pena y el cuidado.
Miron. Tú adoras, en conclusion,
sugeto que no conoces,
y aunque le des muchas voces,
voces en el ayre son.
Esa muger en tu idea,
se te representa hermosa,
discreta, apacible, ayrosa:
yo doy que mas que esto sea.
Sino la puedes hablar,
ni sabes á donde vive,
has de estar hecho un Caribe,
sin saberte reportar?
Todo ha de ser papar viento?
considéralo, señor,
y mira, que aqueste amor
es solo de pensamiento.
A Barcelona camina,
y si te da en el camino
pena este amor peregrino,
requebrarás una encina,
un peñasco ó puerco-espin;
pues lo mismo viene á ser
querer aquesta muger,
que querer un matachin.
Y en llegando á Barcelona
fabricarás en tu idea,
porque de tu gusto sea,
aunque sea una fregona;
que tiene los mismos ojos,
el mismo talle y meneo,
y con este galanteo
divertirás tus enojos.
Y así, vendrás á juzgar
con alegría y con gusto
lo que á tí te da disgusto,
por no poderlo alcanzar.
Que fealdades y hermosura
de viles y principales,
yo juzgo que son iguales,
quando se quedan á obscuras.
Cosme. Como te hallas esento
de los harpones de Amor,
gastas siempre buen humor;
pero yo, que el pensamiento
siempre le tengo ocupado
en padecer y penar,
no acierto á descansar.

Miron.

Miron. Ya que en tal locura has dado,
qué piensas hacer ? *Cosme.* Morir
entre penas y desvelos,
hasta que quieran los Cielos
este enredo descubrir.
Miron. Ahora bien , si es que ha de ser,
alguna invencion busquemos,
con que á esta muger hallemos.
Cosme. Angel dirás , no muger.
Miron. Yo me quiero fingir ciego,
y tú mi mozo serás,
que sin duda así saldrás
de tanto desasosiego.
Porque con una perrilla
iremos de casa en casa,
y jugando al pasa pasa,
que soy diestro á maravilla,
todas las Damas saldrán,
y tú podrás conocer
esta angélica muger,
de quien eres tú Galan.
Cosme. Calla , loco. *Miron.* Por mayor
la mano puedo besarte,
pues es menester atarte,
para curarte ese amor.
Cosme. Vamos, Miron. *Miron.* Norabuena,
mas no dexo de temer,
que alguna nube ha de haber
de pepino y verengena. *Vanse.*
Salen Doña Leonor y Doña Clara.
Leon. Parece , prima Clara,
segun muestra el semblante de tu cara,
que vienes algo triste:
esta melancolía en qué consiste ?
Clar. Ya q̃ el semblante ha sido claro espejo
de mi dolor perplexo,
y el color macilento
o tenta q̃ está enfermo el pensamiento,
oye , Leonor querida,
daré vida á mi vida,
que con tan graves males
de la muerte rondaba los umbrales;
y sin duda muriera,
si ahora este consuelo no tuviera.
Sabrás, Leonor (ay Dios!) q̃ infausto hado
me ha puesto en tal estado,
que siendo yo tan mia,
que de todo Galan escarnio hacia
ya tan otra me veo,
rendida al galanteo
de Don Lope Faxardo,
que entre sospechas y rezelos ardo;
pues hoy hace seis dias,
que no ha rondado las ventanas mias.
Obligóme cortés y comedido,
cédula de mi marido
me hizo cortesano,
y yo rendida con palabra y mano,
dueño le hice (ay Cielo !)
de la vergüenza el velo
se borda de escarlata,
la voz entre carambanos se ata:
mas al fin le hice dueño
de la prenda, que está en mayor empeño.
Seis meses ha, Leonor , que dueño mio
goza mi talle y brio;
sin que mostrasen quiebros,
finezas , galanteos y requiebros;
pero ahora ha faltado,
no sé si de cansado
de las finezas mias,
á las que hacer solia bizarrías,
y como falta (ay Cielos !)
el corazon se abrasa en duros zelos.
Esta la causa ha sido , prima mia,
de mi melancolía;
mira tú si es bastante,
que ajado el rostro, pálido el semblante
mostrando estén los ojos
rezelosos enojos:
que un corazon siente
ver tantos siglos á su dueño ausente,
que en verle retirado,
temer puede mi amor que se ha cansado.
Leon Quién de tal caballero creer pudiera,
que tal baxeza hiciera, *ap.*
y que estando casado
con mi prima , y habiéndola gozado,
intentara gozarme !
no quiero declararme,
por no doblar su pena,
basta que el alma esté de zelos llena,
que en amantes desvelos,
es la pena mayor la de los zelos.
Pena , Clara , me ha dado tu cuidado;
no me espanto , que ajado
muestres en rostro hermoso,
que esté tu pensamiento tan zeloso;

y que estando gozada,
temas ser olvidada;
porque el hombre mas fino,
en llegando á gozar, tuerce el camino:
pero Don Lope es noble,
y no tendrá contigo trato doble;
que si ahora estos dias ha faltado,
será porque ocupado
le tendrá algun negocio;
y como los de amor piden mas ocio,
negarase amoroso,
por no estar presuroso,
qué sospecha engendrara,
si, como suele, no te visitara,
ni con tanta terneza,
que era mas cumplimiento que fineza.
Y así, sosiega, Clara, no estés triste,
que sin duda consiste
su tardanza y desvío
en lo que dice el pensamiento mio;
que Don Lope Faxardo,
cortés, como gallardo
(qué digo? de mentiras) *ap.*
por quien amante lloras y suspiras,
de tí no está cansado,
sino que algun negocio le ha ocupado:
yo aseguro, que tiene el pensamiento,
como tú, con tormento,
con ansas y desvelos,
imaginando, que estarás con zelos.

Clara. Vivas, Leonor, mil años,
libre de aquestos daños,
por aqueste consuelo.

Leon. Trueca, prima, la pena y el rezelo
en gustos y alegrias,
que presto te verás como solias.
No pienses, prima Clara, que tú eres
sola entre las mugeres
la que padece penas,
que muchas almas de ellas están llenas;
y algunas son tan graves,
que cerradas las llaves
á todo humano medio,
no hay quien para curarlas dé remedio:
y aunque tú estés zelosa,
puedes ser envidiada de dichosa;
porque para curar esas pasiones,
son las satisfacciones
remedio tan urgente,
que cobra vida Amor muy brevemente:
pero triste de aquella,
que siguiendo la huella
del Niño Dios vendado,
tan sujeta y rendida la ha dexado,
que sin conocer dueño,
inquieta vive en amoroso empeño.

Cla Quién puede haber q̃ viva tan inquieta,
tan rendida y sujeta,
sin que en esta conquista
entrase Amor primero por la vista?

Leon. Bien dices, prima Clara;
pero advierte y repara,
sabrás el como ha sido
la inquietud que suspende mi sentido,
para que así no ignores,
que mis penas y males son mayores.
Yo vide en el Aséo, habrá tres dias,
con tantas cortesías,
un gallardo mancebo,
que á la vista sirve de dulce cebo.
Era el tal forastero
tan noble y Caballero,
en su traza y postura,
en su modo de hablar y compostura,
que, á un lado la terneza,
nobleza puede dar á la nobleza.
Parte por parte, para mas enojos,
le miraron mis ojos,
y el alma apasionada,
en lo mas interior le dió posada.
No es esto, prima mia,
de mi melancolía,
ni de lo que mi pena sentir sabe,
lo rigoroso y grave;
que lo peor ha sido,
el no saber quien es quien me ha rẽdido.
Repara ahora, advierte y considera,
si aquesta pena fiera,
aqueste grave exceso
se pone con tus males en un peso,
quál será mas pesado?
quál tendrá mas cuidado?
Tu amante es conocido,
el mio es forastero, y se habrá ido:
Tú, al fin, puedes hablarle,
mas yo la traza ignoro de hallarle.
Yo no puedo buscarle en la posada,
que una doncella honrada,

ho-

honesta y recogida,
tiene honor y recato que lo impida.
Tú con sola una carta
harás que a verte parta:
si yo escribirle quiero,
solo sabré decir: al forastero;
que, porque mas me asombre,
ignoro la posada, como el nombre.
Quejosa estás de zelos, yo, sin ellos,
estoy de los cabellos:
tú, al fin, remedio tienes,
con que tus males trocarás en bienes;
mas yo, por mi desdicha,
tengo tan poca dicha,
que con penas mortales
los que tuve por bienes, ya son males:
mira tú, Clara, ahora
qual de las dos con mas razones llora.

Sale Celio. Señora, mi señor te está esperando,
y por tí preguntando,
con tal desasosiego,
que por los ojos brota vivo fuego.

Leon. Nunca á casa viniera.

Clara. Que me viera tu padre no quisiera.

Leon. Pues al Jardin te baxa,
y por la sala baxa
te saldrás á la calle;
y mira si hay remedio que se halle
á tan graves extremos.

Clara. En el Grao mañana nos veremos.

Vanse, y salen Don Cosme y Miron.

Miron. Huélgome que hayas sabido
de aquesta muger la casa,
y quien es esta señora,
que te ha perturbado el alma,
porque así cesarán penas;
que galanteando ventanas,
rondando puertas de noche,
escribiendo finas cartas,
tengo por cosa infalible,
que se ha de rendir la Dama
á tu gentileza y brio,
con solo dos ojeadas.
Yo aseguro, si te ha visto,
y ha conocido en tu cara,
que con extremo la adoras,
que ya de puro adorada
está blanda como higo,
quando le mojan las aguas
de Septiembre: la verdad,
no está tierna? no está blanda?

Cosme. Bien haces en darme penas;
dame males, dame rabias.

Miron. Aqueso sí, vive Christo,
que si te da la viaraza,
sin reparar que te sirvo,
que te descalzo las calzas,
y que compro la comida,
me darás tal manotada,
que sin narices me dexes:
y si Miron luego rabia,
se acabará sin remedio
de los Mirones la casta.
Ahora quiero culparte:
Si sabes que tengo trazas
en el arte de alcahuete
ingeniosas y delgadas,
y lo que tomo á mi cargo
de estas manos no se escapa,
cómo, señor, no me has dicho,
que en tu nombre vaya á hablarla,
que algun recado la lleve,
que solicite la entrada,
y que tus partes alabe,
que no hace poco el que alaba?

Cosme. Ea, Miron, dame penas,
dame males, dame rabias.

Miron. Otra vez? *Cosme.* Y otras tres mil.

Miron. Por qué quieres penas tantas?

Cosme. Porque haces bien de burlarte
de quien tan de veras ama
sugeto que no conoce,
ni sabe qual es su casa.

Miron. Ahora tenemos eso?
que mas adelante estabas
entendí. *Cosme.* En quererla mas
es, que amor se adelanta.

Miron. Qué piensas hacer? *Cosme.* Supuesto
que remedio no se halla,
partirnos á Barcelona,
donde el alma apasionada
dé suspiros á los vientos,
quejas á las peñas altas,
cristal liquido á los rios,
fuego á las activas brasas,
y á la muerte, en que execute
los filos de su guadañas;
porque ya, sino es morir,

otra cosa no me falta.
Miron. Y quándo mandas que ensille?
Cosme. Ya es tarde: por la mañana
sin falta me he de partir.
Miron. Quiera Dios, que sea sin falta:
si hay algo que negociar,
no aguardemos á que el Alva
siembre aljofar, para hacerlo.
Cosme. La respuesta de las cartas
que á Don Jayme traxe, es fuerza
pedir. *Miron.* Aquesta es su casa;
y pues á la puerta estamos,
de la ocasion goza. *Cosme.* Llama:
diréle que las envie
esta noche á la posada.
Miron. Ha de casa? *Llama.*
Dent. Celio. Quién da voces?
Miron. El que lo pregunta salga,
y podrá verlo. *Sale Celio.*
Celio. Qué quieren?
por quién preguntan? *Miron.* No es mala,
segun su fisonomía,
su figura para Italia.
Cosme. Está en casa el señor Don Jayme?
Celio. No señor; salió á la plaza,
y no ha venido, mas presto
dará la vuelta: si manda
que alguna cosa le diga,
lo haré de muy buena gana.
Cosme. Ver quisiera su persona,
porque el verla me importaba.
Celio. Si tanto importa su vista,
aguarde á que venga, ó vaya
á buscarle. *Miron.* Pajecito,
no hable con tanta arrogancia,
que le baxarán los humos.
Celio. Yo qué he hablado?
Cosme. Miron, calla,
que no es tiempo de alborotos.
Miron. Como tiene pocas barbas,
habla tan lampiñamente.
Celio. El Lacayo es el que habla
ménos cortés que debia.
Empuña Miron, y sale Doña Leonor.
Leon. Qué voces son estas? *Cosme.* Basta;
Miron. *Celio.* Estos Caballeros
por mi señor preguntaban;
digo que en casa no está:
y convertido en bravatas
este señor echa fieros;
y serán las amenazas,
los brios y valentías
de hombre que caballos rasca.
Miron. Pues me ha conocido el juego,
vuelvo á su lugar la espada. *ap.*
Cosme. Cielos, no es esta señora *ap.*
la que me ha robado el alma?
Leon. Amor, no es este el incendio *ap.*
que me consume y abrasa?
Cosme. Es posible, que no es esta *ap.*
la que mis desdichas causa?
Leon. Este sin duda es mi dueño. *ap.*
Cosme. Sin duda es esta mi Dama. *ap.*
Miron. Señor, de qué te suspendes?
Tú descortés? llega á hablarla.
Celio. Señora, qué te enmudece?
cómo ahora tanto callas?
Leon. Ay Celio! no sé qué tengo.
Celio. Tus mexillas nacaradas
en azucenas se han vuelto.
Leon. No es mucho que esté tan blanca
quien sustos de amor padece.
Celio. De qué estás tan asustada?
Leon. De ver este forastero.
Celio. Pues no es tan fiero, que espanta.
Leon. Antes, Celio, su donayre
viene á ser tanto, que mata.
Miron. Qué tienes, señor, qué tienes?
Cosme. Mas dicha que imaginaba:
he hallado al dueño mio,
el Sol que se me ocultaba,
la Ninfa de aquestos montes,
de Valencia la Diana,
el asombro de hermosura,
y la Estrella que buscaba.
Miron. Pues para qué te suspendes?
por qué anudas la garganta?
Voto á Dios, que estás borracho,
y que te hace caravanas
el juicio: si ha tantos dias
que estás inquieto en la cama,
en la calle y en la mesa,
solo porque no hallabas
rastro de saber quien era,
cómo ahora que la hallas,
y tienes buena ocasion,
tienes la boca cerrada?
Cosme. Dices bien, hablarla quiero,
mas

mas tengo temor. *Miron.* Quien ama,
y está cobarde en decir
sus pasiones y sus ansias,
ábranle la sepultura,
repíquenle las campanas,
venga el Cura y Sacristan,
y aunque estén llenos de sarna
los Niños de la Doctrina,
porque otra cosa no falta.
Celio. Si su donayre te inquieta,
á hablarle llega, y descansa.
Leon. Dices bien: ha Caballero?
Miron. Señor, mira que te llama.
Cosme. Perdonad, señora mia, *Llega.*
porque divertido estaba
en lo que vengo á tratar
con el dueño de esta casa,
y así descortés he sido;
y tambien porque no osaba
atreverme al sol que gira
en la esfera de esa cara,
que en ese abreviado globo
puso el Cielo tantas gracias,
tanto diluvio de fuego,
tanto incendio de las almas,
que tengo por imposible,
que el corazon que se halla
mas libre, ó no se sujete
en golfo de tantas llamas
al menor rayo: y temiendo
que mi vida peligrara,
el temor descortés me hizo;
mas ya que licencia tanta
me conceden vuestros ojos,
llego humilde a ver qué manda
esa divina belleza
á este esclavo. *Leon.* Qué bien habla!
Yo soy quien ha de serviros;
mas ántes que hableis palabra,
os suplico me digais
vuestro nombre, y vuestra Patria.
Cosme. Si en eso, señora, os sirvo,
Don Cosme Luxan me llaman,
y mi Patria es Barcelona.
Miron. En respuestas y demandas
no estés mas; dila tu amor. *Al oído.*
Cosme. La voz y la lengua se atan
quando decírselo quiero.
Leon. Amor, para qué dilatas *ap.*
el decirle mi pasion?
Miron. Anímate esta vez. *Cosme.* Vaya:
Señora, yo::- *Miron.* No te turbes.
Cosme. Quisiera::- *Miron.* No hagas pausas.
Cosme. Saber tambien vuestro nombre.
Miron. Una y mil veces mal haya
quien sale con eso ahora.
Leon. En el modo, y en la traza *ap.*
con que habla Don Cosme, he visto
que tenia amor, y dilata
el decirlo de vergüenza;
parece que las dos almas
se han conformado en aquesto,
pues temores tienen ambas:
mas salga el temor del pecho,
el miedo la voz deshaga,
rompa grillos de vergüenza
el amor, que está en el alma:
mas (ay honor!) que no es justo
que de libre sea notada
una principal muger;
vuelvan atras las palabras,
y no descubra la lengua
que yo estoy enamorada
de Don Cosme de Luxan.
Miron. Qué temes y te acobardas,
si está mostrando el semblante,
que como tú está picada?
Cosme. No me decis vuestro nombre?
Leon. Toda Valencia me llama
Doña Leonor de Centellas.
Cosme. Qué mucho que me abrasaran,
si su hermosura y su nombre *ap.*
tantas centellas exhalan!
Señora Doña Leonor?
Leon. Que decis? *Sale Don Jayme.*
Jayme. Siempre ocupada
has de estar de esta manera?
No consideras que ultrajas
de los Centellas el tronco?
Leon. Aqueste hidalgo te aguarda,
que dice que quiere hablarte
con negocios de importancia.
Jayme. Señor Don Cosme Luxan,
que perdoneis mis palabras
os suplico; no advertí
quien con mi Leonor estaba,
y así hablé de esta manera:
qué mandais? *Cosme.* De aquellas cartas,

señor Don Jayme, que traje,
que he de partirme mañana,
quisiera llevar respuesta.

Miron. Aquesta es otra bobada:
qué has dicho? *Cosme.* Miron, qué dixe?

Miron. Que has de partirte mañana
has dicho á Don Jayme. *Cosme.* Cielos,
á donde desdichas tantas
tienen de llegar! qué haremos
en este caso? *Miron.* Una traza
se le ha ofrecido á mi ingenio;
dexame hacer. *Vase.*

Leon. Quién pensara, *ap.*
que quando hallé tanta dicha
tan presto (ay Cosme del alma!)
en desdicha se volviera!
publique el amor mis ansias,
á ver si obligarle puede,
que se quede y no se vaya:
mal haya la cobardía,
el miedo y temor mal hayan,
que siendo para casarme
con Don Cosme, no era infamia
el declararle mi amor;
y siendo iguales las casas
en calidad, no era riesgo
en que mi honor peligraba.

Jayme. Huélgome, que la sentencia
de este pleyto y de esta causa,
en vuestro favor saliese:
luego envio á la posada
la respuesta. *Cosme.* Vuesarced
mire si otra cosa manda;
pues para servirle tengo
obligaciones que bastan. *Sale Miron.*

Miron. Ya me parece, señor,
que no partirás mañana.

Cosme. Por qué? *Miron.* Porque del Virrey,
que por instantes aguarda,
viene á buscarte un criado;
y dice, que al punto vayas
á verte con él. *Cosme.* Señor,
siendo persona tan alta
quien el recado me envia,
no es justo que haya tardanza
en acudir á saber
la causa por qué me llama.

Jayme. Decis bien. *Cosme.* A Dios, señora:
á Leonor llevo en el alma. *ap.*

Leon. Señor Don Cosme Luxan,
ya que el partir se dilata,
veámonos esta noche.

Cosme. A dónde?

Leon. En esta ventana. *Vase con D. Jayme.*

Miron. Qué dices de mi capricho?

Cosme. Que es ingenioso. *Miron.* Mis trazas,
en los mayores aprietos
siempre son de mas de marca:
piensas verla aquesta noche?

Cosme. Pregunta es esa excusada.

Miron. Dígolo, porque si vienes,
y como ahora la hablas,
no diré que eres amante,
sino que eres calabaza. *Vanse.*

Salen Don Lope y Don Claudio de noche.

Claud. Cómo te vá de amor de Doña Clara?

Lope. No quisiera que ahora se tratara
de esta materia, Claudio.

Claud. Lope, amigo,
no te dé pesadumbre lo que digo,
que como te juzgaba enamorado,
y tanto, no ha mil años lo has estado,
que á Adonis en ternezas excedias,
de esa suerte juzgué que te estarias;
y como es lisonjear un tierno amante
tratarle siempre de su amor galante,
no pensando, Don Lope, te enfadara,
por eso pregunté por Doña Clara.

Lop. Pues enfádame mucho, á fe de hidalgo.

Claud. Si acaso puedo yo servirte en algo,
dime lo que gustas. *Lope.* Es el caso,
q̃ por Doña Leonor, Claudio, me abraso,
y llegando á decirla mi terneza,
tigre responde, llena de fiereza.
Esta noche pretendo, Claudio amigo,
siendo roca en la calle, ser testigo
si otro, fuera de yo, la galantea,
para poder decir, quando la vea
admitiendo finezas, que la honrada
en su retrete ha de estar cerrada.

Clau. Una ventana abrieró. *Lop.* Mi sospecha
de aquesta vez ha de quedar deshecha.

Sale Doña Leonor á la ventana.

Leon. Obscura noche, vestida
de tinieblas y de horror,
favoréceme piadosa,
y la amante de Endimion,
no la permita sus rayos,

hasta

hasta que me oculte yo.
Si habrá Don Cosme venido?
en la calle oí rumor;
sin duda es él, llamar quiero:
cé, cé. *Claud.* Ya llama. *Leon.* Sois vos?
Cosme, no me respondeis?
cómo tan cobarde sois?
Lope. Fingirme quiero su amante.
Clau. Bien harás. *Leon.* Sois vos? *Lop.* Yo soy
el amante mas dichoso,
que paga tributo á Amor;
pues llega á tanto mi dicha,
que los rayos de ese sol
desvanecen las tinieblas,
que causan en mí temor.
Salen Don Cosme y Miron.
Miron. La noche es acomodada,
y pues hay buena ocasion,
te suplico que no seas
tartamudo. *Cosme.* Quien llegó
á la cumbre de dichoso,
nada le falta. *Miron.* Señor,
advierte, que la fortuna
los mas altos derribó.
Cosme. Ya no temo su mudanza,
pues ha fixado Leonor
su rueda varia hasta ahora.
Miron. Que esté firme, quiera Dios.
Cosme. A la calle hemos llegado,
estas las ventanas son;
mas sino mienten mis ojos,
bultos se divisan dos,
y el uno hablando á la reja:
ya se abrasa el corazon
de zelos. *Miron.* No te lo dixe?
mira si verdad salió.
Cosme. Qué he de hacer en este caso?
matarélos; pero no,
que de mi adorada ingrata
está por medio el honor,
y aunque me engañó, no es justo,
que se manche su opinion,
y se deslustre lo noble,
que de su tronco heredó.
Leon. Quando en mi casa estuvisteis,
yo confieso que la voz
cobarde estuvo en el pecho,
y descubriros no osó
la terneza con que os amo;
mas ya perdiendo el temor
digo, que toda soy vuestra.
Lope. Qué es esto, vendado Dios?
sin duda me ha conocido, *ap.*
y quiere de su rigor
disculparse. Claudio amigo,
yo he llegado en ocasion
mas dichosa que pensé.
Claud. Por qué? *Lope.* Porque en mi favor
ha salido la sentencia.
Leon. Mañana os pido, señor,
que en el Grao nos veamos *Suena ruido.*
Qué es aquello que sonó?
Lope. Gente sospecho que viene.
Leon. Pues advertid, que á mi honor
no está bien que nadie os vea.
Lope. Mejor es matarlos. *Leon.* No
os quiero tan fino amante,
que deis muerte á mi opinion.
Lope. Pues á Dios, Leonor hermosa.
Vanse Don Lope y Don Claudio.
Leon. El mismo vaya con vos:
retirada aquí, he de ver
si vuelve Cosme. *Miron.* Señor,
los dos se fueron, y pienso,
que ella se está en el balcon
aguardando á que tú llegues,
que pudo ser, que la vió
á la ventana, y llegase
á lo sonso y socarron
á entretenerse con ella.
Cosme. Bien dices: pero el temor
no me dexa asegurar:
mas aunque temblando, voy. *Llega.*
Hay lugar para un amante,
que ser dichoso pensó,
quando otro llegó primero,
y le hurtó la bendicion?
Leon. Necio es amante que pide
lo que al otro se le dió;
y así, para tal se vaya
que soy muger de valor,
y si hay alma para uno,
no la tengo para dos. *Vase.*
Cosme. Para aquesto me llamabas?
ha fementida Leonor!
tanto gustabas que viese,
para dar me muestra atroz,
que empleabas tus finezas

en

en otro ? Pues vive Dios
que he de ser verdugo suyo,
ó que he de matarme yo. *Vase.*
Mirqn. Acabóse : ahora puede
con verdad y con razon,
decir que primero llora
el que postrero llegó.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Jayme , y Doña Clara asustada.
Jayme. Perdido todo el color,
sobrina Clara , te veo,
qué tienes saber deseo.
Clara. Verte en mi casà , señor,
me ha dado aqueste temor;
que como el venirme á ver
para reñir suele ser,
y ha tanto que no te ví,
solamente el verte aquí
me ha hecho el color perder.
Jayme. Si aquesa la causa ha sido,
restituya el corazon
al rostro su perfeccion,
que otra ocasion me ha traido:
recobre el color perdido
de tus mexillas la plata;
viva la fina escarlata,
de quien fué el miedo homicida,
y sabrás que mi venida
esta vez de gusto trata:
Oye , Clara. *Clara.* Ya , señor,
con mas brio y mas aliento,
llena el alma de contento,
perdido todo el temor,
y recobrado el color,
te escucho. *Jayme.* Habrás de saber
(muy breve pretendo ser)
que hallé á Don Lope Faxardo::-
Clara. Entre confusiones ardo. *ap.*
Jayme. Ocho dias puede haber,
en mi casa con Leonor.
Clara. Cielos , qué será de mí ? *ap.*
Jayme. Era de noche , y temí
ser en mengua de mi honor;
preguntéle con furor,
cólerico y ofendido:
Don Lope á qué habeis venido
á mi casa ? y respondió,
como enojado me vió,
muy cortés y comedido:
Digo , aunque estoy con Leonor,
no ha sido para ofenderos,
que solo he venido á veros
para que me deis honor:
sabed que yo tengo amor
á vuestra sobrina Clara;
quisiera que se tratara
casamiento entre los dos,
y vine á hablaros á vos
para que se efectuara.
Dixe que lo trataría;
ahora á tratarlo vengo,
en aquesto parte tengo,
pues eres sobrina mia:
que dieses el sí queria,
si te inclinas á casar,
yo te lo vengo á rogar:
Don Lope es rico , y Faxardo:
tu respuesta solo aguardo,
para volvérsela á dar.
Clara. Yo confieso , señor tio,
que en todo tratas mi bien,
y que es , confieso tambien,
Don Lope del gusto mio:
mas forzar el alvedrio
á que con resolucion
dé respuesta , no es razon,
sin darle tiempo y lugar,
para que pueda pensar
del caso la conclusion.
Que sin mirarlo casarse,
juzgo que no es acertado,
pues hay quien se haya casado
solamente por vengarse:
y despues mas triste hallarse,
que á los principios se halló;
y no será bien que yo
dé palabra sin pensar,
pues sé que hay pies para entrar,
pero para salir no.
Jayme. Cuerdamente has discurrido;
mas tambien has de temer,
que por no te resolver,
quedes , Clara , sin marido:
á decírtelo he venido,
y pues consultarlo quieres

con-

contigo por ser quien eres,
despues á verte vendré,
para que á Don Lope dé
la respuesta que me dieres. *Vase.*
Clara. Qué respuesta te he de dar,
si con él casada estoy?
mas por la fé de quien soy,
que no me dieron lugar
á poderme declarar
de Doña Leonor los zelos;
que si ántes tuve desvelos
de Don Lope y su rigor,
ahora Doña Leonor
sospechas me dá y rezelos.
Quién dixera, quién pensara
que diciéndola mi amor,
ingrata Doña Leonor
tal suceso me ocultara?
Que le quiere es cosa clara,
porque sino le quisiera
lo que pasó me dixera;
mas por dexarme engañada,
fingió estar enamorada
de quien no sabia quien era.
No en valde mi ingrato amante
en verme se detenia,
porque amor nuevo tenia
que enamoraba galante;
y preciado de constante,
ostentando bizarrias,
estaba noches y dias
(aquestas son quejas llanas)
muy presente á sus ventanas,
y muy ausente á las mias.
Pero no importa, Leonor,
que así me hayas engañado,
y que me hayas ocultado
la fineza de tu amor:
que quando llegue á rigor
de querérmele quitar,
su firma por mí ha de hablar;
y viendo que estoy casada,
tú quedarás engañada,
pues me quisiste engañar. *Sale Celio.*
Celio. Aguardando está Leonor
tu prima, para ir al Grao.
Clara. No estaba para sarao;
mas como la tengo amor,
no quiero usar de rigor.
Celio. Antes, señora, podrás,
si melancólica estás,
divertirte y alegrarte,
que los Jardines son parte
para aquesto y mucho mas.
Clara. En qué mi prima ha pasado,
Celio amigo, aquestos dias?
Celio. Siempre con melancolías
consultando está el estrado.
Clara. Sabes si tiene cuidado,
que triste la obligue estar?
Celio. Bien te puedo asegurar,
como hijo de quien soy,
que no he visto hasta hoy
cosa que sea de notar.
Lo mas que decirte puedo,
es que con gracia y donayre
de suspiros puebla el ayre,
de que yo suspenso quedo:
y si mas dixere, excedo
los límites de razon;
y así en qualquiera ocasion
que me pregunten, diré,
que suspira bien lo sé,
mas no sé de qué pasion.
Clara. Pues vámosla á consolar:
pero mal dará consuelos, *ap.*
quien para quitar los zelos
consuelos quiere buscar.
Celio. En el Grao se ha de hallar,
que sus frondosas riberas,
y concertadas hileras,
al mas triste dan placer.
Clara. Vamos, que allá he de saber *ap.*
de aquestos zelos las veras. *Vanse.*
Slen Don Cosme y Miron.
Miron. Dónde vamos? *Cosme.* Qué sé yo?
Miron. Al Grao habemos llegado.
Cosme. Un hombre desesperado
á sí mismo se ignoró,
é ignorándome á mí mismo,
con mucha razon diré,
que á donde vamos no sé.
Miron. No está mal el silogismo;
mas quien aqueso alcanzó
no dirá, en tan triste estado,
que por falta de Letrado
este pleyto se perdió.
Porque si lo consideras,

te dixe sin ser Doctor,
que es el Valenciano amor
todo invencion y quimeras.
Míralo en el que has tenido,
pues te ves en tal estado,
que ignoras si estás burlado,
ó si estás favorecido.
Favorecido, eso no,
que si dar favor quisiera,
te hablara de otra manera
la noche que te citó.
Luego viénese á inferir,
sin que puedas excusarte,
que el llamarte fué burlarte,
para tener que reir.

Cosme. Digo que estoy concluído,
la consecuencia concedo;
pero que estoy, decir puedo,
burlado y favorecido.
Burlado, viendo quedarme
á la Luna de Valencia,
quando entendí que licencia
tenia de declararme.
Favorecido, no hay duda,
pues yo tuve por favor,
decirme Doña Leonor
que á verla de noche acuda.
Mas con todo, tal estoy,
y entre burlas y favores
crecen tanto mis dolores,
que no sé á donde me voy:
que aunque estoy favorecido,
quando me miro burlado,
los zelos no me han dexado
casi nada de sentido.

Miron. Pues de quién estás zeloso?

Cosme. Aqueste es mi mal tambien,
que el no conocer de quien
me trae inquieto y sin reposo:
que si á conocer llegara
el que los zelos me dá,
estuviera muerto ya.

Miron. Aqueso es cosa muy clara;
porque estando yo á tu lado,
aunque no lo has menester,
yo sé que habia de volver,
como dicen, trasquilado.

Cosme. Repara que dos mugeres
vienen allí. *Miron.* Quiera Dios,
que no te enredes con dos,
y que de nuevo te alteres.

Cosme. En el talle y en el brio
parece Doña Leonor
aquella. *Miron.* Vendrá, señor,
á disculpar su desvío. *Retiranse.*

Salen Doña Leonor y Doña Clara con mantos, y Celio, Page.

Leon. En fin, prima, estás zelosa?

Clara. Forzoso es que zelos tenga.

Leon. De quién los tienes? de mí?

Clara. Escucha, y sabrás mis quejas.
Alterado el corazon,
el alma llena de penas,
confuso todo el sentido,
y zozobrando la lengua,
te declaré que Don Lope
(ay de mí!) que no quisiera
volvértelo á referir;
pero sin duda te acuerdas,
y así no quiero cansarme
en repetir mis ofensas,
que al pecho mas diamantino
cansarán si se refrescan.
Viéndome desconsolada
me consolaste discreta,
agradecítelo entónces;
ojalá no agradeciera,
pues ahora vengo á verme
por tu ocasion con mas pena,
con mas rabia, con mas zelos,
y con mayores sospechas.
Aquestas nacen, Leonor,
(bien es que escuches suspensa,
de ver que contando yo
mis congojas y finezas,
tú roca sorda á mis males,
echaste á tu boca puertas)
por no decir, que Don Lope
á tu padre pide y ruega,
que mi casamiento trate.
Tu padre, en efecto, llega
á decírmelo, y entónces,
por decir que en tu presencia
se declaró, y me encubriste,
al descubrir mi flaqueza,
la verdad de aquese caso,
se engendraron en mi idea
sospechas, que tú le quieres;
por-

porque sino le quisieras,
no ocultaras mi ventura,
para quedarte con ella.
Esta es la causa, Leonor,
de mis zelos y sospechas;
considera si es bastante,
para que rabie con ellas.
Leon. Antes que satisfaccion
te dé á tan locas quimeras,
me has de decir, prima Clara,
una cosa que me altera.
Cosme. Qué haremos, Miron? *Miron.* Callar,
que ellas dos tienen sus bregas,
y esta no es buena ocasion,
para que te favorezca.
Leon. En fin, dices que mi padre
te dixo, que en mi presencia
Don Lope se declaró?
Clara. Díxome de esta manera:
Que hallándolo una noche
contigo, y teniendo menguas
de su honor, ardiendo en llamas
de zelos y de tristezas,
le dixo: Qué haceis, Don Lope,
en mi casa? y por respuesta
dió lo que tengo contado.
Leon. Escúchame ahora atenta:
Que mi padre con Don Lope
me hallase, verdad es esa;
que la ocasion le alterase,
temiendo, que á los Centellas
algun deslustre viniese,
tambien lo dice y confiesa
el alma: pero decir,
que Don Lope en mi presencia
respondió lo que tú dices,
eso solamente niega;
porque mi padre::- *Celio.* Señora,
Don Lope con otro llega
donde estás. *Leon.* Qué dices, Celio?
Cel. Lo que escuchas. *Leon.* Ya mis quejas,
Clara, contra tí se vuelven.
Clara. Por que? *Leon.* Porque no siguiera
Don Lope nuestras pisadas,
si tú no se lo dixeras.
Clara. Plegue á Dios, que si mis ojos
le han mirado::- *Leon.* Dexa, dexa
las maldiciones, que ahora
de muy poquito aprovechan;
ántes en parte me alegro
que llegue, para que sepas,
Clara, de su misma boca,
que no admito sus finezas,
que sus requiebros me enfadan,
y me cansan sus ternezas:
echate el manto, y verás
tus desengaños si llega:
tú, Celio, entre tanto llama
al dueño de aquesta huerta.
Celio. Voy al punto. *Vase.*
Clara. Para qué
le envias? *Leon.* No es bien, que tengan
satisfacciones de honor,
testigos que dañar puedan.
Retírase Clara, y salen D. Lope y Claudio.
Lope. Dixo anoche, que en el Grao
aquesta tarde la vea,
y vengo amante dichoso
á gozar de su belleza.
Claud. Está bien; pero si acaso
siente que contigo venga,
qué has de hacer? *Lope.* No sentirá,
que es tan prudente y discreta,
que siendo tú amigo mio,
con amistad tan estrecha,
gustará de lo que gusto.
Miron. Aquí es justo se requieran
las espadas, porque vienen
dos, y me han dado sospecha,
que es el uno tu contrario;
y siéndolo, es cosa cierta
(sí bien será á pesar mio)
que se han de probar las fuerzas.
Cosme. Plugiera al Cielo sagrado,
que yo tal suerte tuviera,
que así acabaran mis males.
Miron. Quieres que vaya á la Iglesia
á mandar abrir el hoyo?
Cosme. Oye, Miron, que ya llegan.
Lope. Señora Doña Leonor? *Llega.*
Leon. Quién os da tanta licencia?
Lope. No me mandasteis anoche,
que os viese aquí?
Clara. Mis sospechas
ya se van á veriguando.
Lope. En vuestra ventana mesma
me dixistes::- *Leon.* Ay de mí! *ap.*
aquesto es para que crezcan

las sospechas de mi prima:
mal haya la muger necia,
que á la ventana se pone
con su amante, quando hay puertas,
que facilitan la entrada,
y desmienten las orejas
de quien se ajusta en esquinas,
como cincelada piedra,
para escuchar lo que pasa,
mas la industria lo remedia:
yo he de hablar claro á Don Lope,
porque mi prima no entienda
que soy muger cautelosa.
Ya entiendo vuestra cautela,
señor Don Lope Faxardo:
mas Doña Leonor Centellas
lo que de noche pronuncia,
por la mañana no niega.
Confieso, que anoche dixe
á mi amante, que me viera
esta tarde en este sitio;
pero si bien se os acuerda
(ya que fuisteis tan curioso,
que hecho centinela necia
escuchaste lo que dixe,
con las obscuras tinieblas)
no os acordais, que á Don Cosme,
llámaba á voces mi lengua?
Si os llamais Cosme, está bien;
pero si no, ved que es mengua
usurpar el nombre de otro,
para acreditar finezas.
Estas no las hay en mí
para vos, y justo fuera,
Lope, estar escarmentado,
pues sabeis que mi nobleza
otra noche se os opuso,
quando intentastes por fuerza
robar la fragrancia pura
de mi cándida azucena.
No os acordais, que mi padre,
estando en tal competencia
entró, vió que en vuestra mano
vibraba cuchilla tersa,
que si executara el golpe,
malograra de mis venas
el carmin, y que enojado
me arrojó de su presencia?
No quedasteis vos con él,
para desmentir su afrenta,
que ya que afrenta no habia,
forzosa era la sospecha?
La disculpa que le disteis,
vos solo podeis saberla,
que como yo no os amaba,
ni os amo yo, me dió pena;
y así escucharla no quise,
corrida de tal baxeza:
es verdad esto, Don Lope?

Lope. Ojalá mentira fuera.

Leon. Pues si es verdad, cómo ahora
vuestro atrevimiento intenta
poneros tan descortés
donde mis ojos os vean?
No haya mas, señor Don Lope,
y pues os hablo de veras,
fenezcan los galanteos,
y acaben las diligencias,
que en defensa de mi honor,
siempre he de ser una mesma.
Demas de esto (hablemos claro)
si yo sé que teneis prenda,
que os estima y os adora,
fuera bien hacer ofensa
á quien del alma es amiga?
No, Don Lope, esa fineza
dexadla para otra parte,
que yo aunque mucho os quisiera,
sabiendo que estais prendado,
entregara con violencia
á la muerte el dolor mio,
á pesar de mi firmeza.

Salen Celio, y Floro, Jardinero, de Villano.

Celio. El Jardinero está aquí.

Leon. Vengais muy en hora buena.

Floro. Qué mandais á este criado,
que no habrá cosa en que pueda
serviros; que no lo haga?

Miron. Señor, pues que todos llegan
como moscas á la miel,
lleguemos, gustemos de ella,
que ya están los que te miran
cansados de tu paciencia.

Cosme. Calla, Miron, que estoy viendo
en qué para esta quimera.

Leon. Por vida vuestra, Hortelano,
que me cojais dos docenas
de limones, los mejores,

que

que se hallen en vuestra huerta.
Floro. Voy á cogerlos al punto.
Vase á entrar por donde está Don Cosme.
Cosme. ¿Qué os dixo aquella doncella?
Floro. Qué sabeis vos si lo es?
Cosme. Que lo sea, ó no lo sea,
este nombre quise darle.
Floro. Dixome, que la cogiera
dos docenas de limones.
Cosme. Está bien: dadme licencia,
que con vos vaya á cogerlos.
Floro. Venid muy en hora buena.
Cosme. Vamos, Miron.
Miron. Dónde vamos?
hay otra invencion siquiera?
Cosme. Amor todo es invenciones.
Miron Mejor dirás borracheras. *Vanse.*
Lope. Señora, ya que se ha ido
quien perturbó mi respuesta,
quiero darla si me escuchas.
Leon. Qué podeis decir, que sea,
Don Lope, en abono vuestro?
Lope. Puedo decir, que si piensas,
que yo á otro dueño me rindo,
ni hay impresion en mi idea
de otro amor mas que del tuyo;
lo que estimo me aborrezca,
lo que pretendo no alcance,
y que todo me suceda
quanto intentare al revés.
Clara. Quién podrá tener paciencia
para oir ofensas tales?
pero escuchar la respuesta
de Leonor me importa ahora.
Leon. Lope, muger de mis prendas,
nunca finge si aborrece,
ni obligada lisonjea:
y asi, aquesas maldiciones
ya llegan á ser perfectas;
porque si vos me estimais,
yo no estimo cosas vuestras.
Si pretendeis alcanzarme,
es quebraros la cabeza;
y si decís, que á mí sola
el Dios rapaz os sujeta,
es falso.
Lope. Falso, señora?
Leon. Sí, Don Lope, que hay quien pueda
testificar lo que digo,
äntes que acabe su vuelta
el farol que alumbra el orbe.
Clara. Vivas edades eternas
por la quietud que me has dado.
Salen Don Cosme con un ramo de azahar, y Miron, de Villanos.
Cosme. Mi dueño aguardando queda
con los limones cogidos.
Lope. Muchas desdichas me cercan,
pues siempre vienen estorbos
quando yo no los quisiera.
Claud. Aguardar á que se vayan,
ya que volcaria su rueda
tiene contra tí fortuna.
Lope. Bien, amigo, me aconsejas.
Claud. Yo en tanto voy á esparcirme
por lo ameno de esas huertas. *Vase.*
Lope. Y yo á buscarte iré luego,
Claudio amigo, con presteza.
Leon. Cielos, qué es esto que miro? *ap.*
si Villano este no fuera,
dixera que era Don Cosme.
Cosme. Aunque atrevido os parezca,
recibid aqueste ramo; *Daselo.*
y advertid, que no le diera
sino á vos sola. *Leon.* Conoceisme?
Cosme. Doña Leonor de Centellas
pienso que os han de llamar.
Leon. Sí llamo, verdad es esa.
Cosme. Pocas veces os he visto;
mas sabed, que á la primera
que os ví, el Dios ballestero
me dió en medio de las cejas
un bravo golpe; y á fe,
que si diferente esfera
tuviera mi nacimiento,
que presumido cometa
señalara á vuestra casa,
para ser el dueño de ella.
Mas como me dió fortuna
entre humildad y baxeza
tan cortos merecimientos
y contrapuestas estrellas,
estoyme en mi trage humilde,
que las abarcas groseras
no frisan bien con lo grave
del brocado y de la seda.
No penseis, que mis razones
dirijo á que os encarezcan;

 que

que claro está fuera en mí
atrevimiento y soberbia.
Pero quiero que sepais,
que vuestros ojos me cuestan
mas de un rato de cuidado;
tanto, que si ser pudiera,
os fuera á ver muchas veces;
pero como la obediencia
de los amos es primero,
me obliga á que gustos pierda.
Tambien, si he de hablar verdades
(sí bien decirlo es baxeza)
me enamoré cierta vez;
y á la visita primera
me dixo, que aquella noche
la viese: entenderse dexa,
estando yo enamorado,
que estaria dando priesa
al Sol, que abreviase el curso
de las postas que gobierna,
y que fuese á darlas agua
al mayor golfo de perlas;
porque faltando sus luces,
me ayudasen las tinieblas
á gozar dichoso amante
de mi amor con las Estrellas.
Voy á hablarla; y quando llego,
hallé ocupada la reja:
fuése el que con ella hablaba;
llego yo con voces tiernas,
díxome: muy necio sois:
fuése, y para tal me dexa,
diciendo, que un alma tiene,
y á un solo dueño la entrega.
Quedé en la calle confuso,
llena el alma de sospechas,
si me citó, porque viese
quien la sirve y galantea.
Y desde entónces mi amor
prometió de hacer ausencia
de querer mugeres tales,
que engañan quando requiebran.
Y así, esta flor de azahar
os doy, porque en vos fenezcan
los azares, que he tenido
despues que Amor me sujeta.

Leon. Declarado se ha Don Cosme, *ap.*
y sus razones me dexan
en mayores laberintos,
que el intrincado de Creta:
declarado se ha el enredo
de Don Lope; pero entienda
Cosme, que no estoy culpada;
líbreme aquí mi inocencia.

Celio. Bien lo parla el Jardinero.

Miron. Pues si bien le conocieran
el ingenio, se espantaran:
desde que anduvo á la escuela
dió muestras de ser grande hombre;
en diez semanas y media
aprendió de todo el Christus
solamente cinco letras.

Leon. En efecto, Jardinero,
qué esta flor de azahar me entregas,
porque acaben tus azares?
Pues dime, así vida tengas,
yo qué culpa tengo de ellos,
que quando tú los desechas
quieres que los tenga yo?
fineza es esa grosera.
Mas pues dices, que me quieres,
yo le estimo por fineza,
y por hacerte favor
te digo, que si pudiera,
trocara aquesos azares
en amores y ternezas;
pero para consolarte
en tus ansias y sospechas,
yo apostaré, que tu Dama
no ha intentado hacerte ofensa,
despues que te quiere á tí,
en lo que un cabello pesa.
Y si la noche que dices,
que mandó fueses á verla,
con otro Galan la hallaste,
yo me atreveré por ella
á jurar, que fué engañada:
que hay hombres, que sin licencia
quieren tomar atrevidos
los favores que les niegan.
Y si por eso no mas
determinas no quererla,
vuelve á verla, que yo sé,
que la hallarás con firmeza;
y si entónces conocieres,
que mal semblante te muestra,
sin hacer caso de mí,
prosigue en aborrecerla.

Cosme.

Cosme. Qué dices, Miron? *Miron.* Señor,
digo, que es sabia y discreta;
bien ha entendido la historia.
Cosme. Pues vos me mandais que vuelva
á proseguir en mi amor,
será justo que obedezca;
pero si al revés sucede
de lo que el alma desea,
os tengo de echar la culpa.
Leon. Consiento en esa sentencia.
Cosme. Venid pues por los limones.
Vanse Cosme y Miron.
Leon. Vamos, que ya la centella,
que abrasando montes gira,
presurosa se despeña
al campo de los cristales.
Lope. Aguarda. *Leon.* No me detengas,
que no estoy para escucharte.
Lope. Aguarda, ó será por fuerza.
Leon. Qué quieres?
Lope. Aquí me has dicho,
no estimando mis finezas,
que habrá testigo que jure,
que soy dueño de otra prenda.
Leon. Porque excusemos de lances,
hable la que está encubierta.
Vanse Leonor y Celio, y sale Doña Clara.
Clara. Caballero mal nacido,
indigno de la nobleza,
que te han dado los Faxardos,
colocada en las Estrellas:
cómo la haces este ultraje?
Son aquestas las promesas,
que amante me prometias,
quando gozaste la prenda
de mi honor mas estimada?
Mal haya, amen, la que necia
con dos palabras de azucar,
á hombres tales se sujeta.
Antes de gozar, qué finos,
qué bien hablan y requiebran;
pero en gozando, qué falsos
y qué llenos de tibieza.
Traidor y falso Don Lope,
no te acuerdas, no te acuerdas,
que me diste una firmada
de tu mano y de tu letra,
que habias de ser mi esposo?
No bastaba esta promesa,
no bastaba esta palabra,
para no hacerme ofensa,
sino intentar con mi prima
tan impensada baxeza?
No le dixiste á Don Jayme
mi tio, pues tio era,
que tratase nuestras bodas,
quando te halló con ella?
Pues vive Dios, falso Lope,
ya que has dicho en mi presencia,
que no tienes otro dueño,
que he de juntar las Centellas,
que te destruyan y abrasen,
y yo he de ser la primera,
que contra tí vibre rayos,
para que de esta manera
quedemos las dos vengadas
de estos agravios y ofensas.
Dentro Leon. Vamos, Clara.
Clara. Ya voy, prima.
Lope. No te vayas tan resuelta,
aguarda un poco. *Clara.* Qué quieres.
Lope. Decirte, que fué quimera
lo de nuestro casamiento;
que si pronunció mi lengua
tal cosa, quando me halló
Don Jayme con su hija bella,
ni supe lo que me dixe,
ni es creible que dixera
cosa tan disparatada;
sin duda Don Jayme sueña,
y soñó lo que te dixo:
demás, que no se me acuerda
haberte dado palabra;
y si la dí, como aquesas
palabras se lleva el viento,
que no tienen subsistencia
en acabando el zumbido
del ayre que se las lleva.
Clara. Plegue á Dios, traidor Don Lope,
que me vengan malas nuevas
de tu vida, y quanto intentes
todo al revés te suceda.
Bien haces, niega palabras;
bien haces, niega promesas,
que algun dia, á pesar tuyo,
confesarás lo que niegas,
pues hay Justicia, y hay Dios;
Dios, en quanto á la conciencia,

y Justicia, á quien tu firma
ha de hacer que no se tuerza. *Vase.*

Lope. Qué laberinto es aqueste?
qué confusion es aquesta?
sin duda Doña Leonor
me mandó, que aquí la viera,
para descubrir á Clara
mis amorosas finezas,
pensando que con aquesto
me obligara á no quererla;
pero engañase Leonor,
que al fuego ha echado mas leña
para incitarme á gozarla,
sino por gusto, por fuerza. *Vase.*

Salen Doña Leonor y Celio.

Leon. Celio, viste á Don Cosme?

Celio. Si señora.

Leon. Dí por tu vida ahora,
que viste el talento y compostura,
cortesano hablar, y su cordura,
yo en quererle bien no la he tenido?

Celio. Digo, que cuerda ha sido,
y no por ser muger de frágil lana,
que poca opinion gana,
que ántes tú la has ganado,
por haberla empeñado
por tan discreto dueño;
pues quando el vulgo sepa tu empeño,
en vez de murmurarte
(como lo suele hacer) y desdorarte,
vendrás á ser de todos envidiada,
mirando tu eleccion tan acertada.

Sale Don Lope. En efecto, Leonor::-

Leon. Qué es esto, Cielos! *ap.*

Lope. Para darme desvelos
mayores, que hasta ahora he padecido,
ó por gusto que en esto hayas tenido,
ó por burla de mí, viéndome amante,
me llamaste delante
de Doña Clara; porque Doña Clara
de tu boca escuchara,
que como amante fino,
á servirte me inclino,
para que ella zelosa
conmigo se mostrase rigorosa,
y yo de tí enfadado,
entregara al olvido mi cuidado;
mas engañóse en eso tu deseo,
que es poner acicates á mi empleo;
y pasando, Leonor, mas adelante::-

Sale Don Jayme. Sin duda, es importante
negocio venir vos á aquesta casa:
(el corazon de cólera se abrasa)
có no, Don Lope, osais, siendo grosero,
no noble Caballero,
villano sí, y villano fementido,
pues me habeis desmentido,
có no pisar osais estos umbrales?
Pensais que son iguales
á los de otros villanos?
Imaginais acaso, que las manos
le faltan á mi brio,
para vengar tan loco desvarío?
Pues sabed, q̃ un agravio en mi l nage,
á la sangre mas fria da corage.
Vete, Leonor, de aquí.

Leon. Señora::- *Jayme.* Acaba.

Leon. Tu hija soy y esclava,
y es forzoso q̃ en todo sea obediente *Va.*

Jay. De esta suerte, Don Lope, se desmiente
á un hombre como yo?

Lope. Señor, no entiendo
lo que me estais diciendo.

Jay. Tã presto se ha olvidado un Caballero,
que me echó por tercero
con mi sobrina Clara,
para que efectuara
tan noble casamiento?
quereis decir q̃ en lo que digo miento?
pues hoy á mi sobrina,
cuya hermosura es mas que peregrina,
dixísteis, que Don Jayme se engañaba,
y que como soy viejo lo soñaba.
Pues vive Dios, villano Caballero,
fementido y grosero,
ya que con Doña Clara habeis estado
descortés, atrevido y desayrado,
y á mí no me cumplís lo prometido,
que vos habeis mentido,
y mentís treinta veces por la cara.

Lope. A deshonra tan clara,
y tan viles razones,
treinta mil bofetones
por paga era muy poco;
mas dexote con uno como á loco,
que tengo por deshonra,
para vengar agravios de mi honra,
escribir de mi nombre y de mi mano,
dos

dos veces me he vengado de un villano,
Dale un bofeton á Don Jayme y vase.
Jayme. Aguarda un poco, alevoso,
no te ausentes tan ufano,
de que haya hecho tu mano
un hecho tan poco ayroso:
mas si corres temeroso *Llora.*
de ver, que hay en mí valor,
para vengar este error,
bien haces, corre ligero,
que alcanzarte presto espero
con las alas de mi honor.
Va á entrar, y sale Doña Leonor.
Leon. Dónde vas? *Jayme.* Ay Leonor mia!
Leon. Qué tienes? *Jayme.* Para estar loco
me viene á faltar muy poco;
y así, de mí te desvía,
pues alcanzarte podria
de mi furia y mi rigor.
Leon. Qué tienes, padre y señor?
tú de agua los ojos llenos?
Jayme. Tengo mas, y tengo ménos.
Leon. De qué es lo mas?
Jayme. De deshonra.
Leon. Y lo ménos? *Jayme.* De mi honra,
que es lo que lloran los buenos.
Aquí Don Lope escribió
en abreviados renglones,
que treinta mil bofetones
en uno solo me dió:
en el suelo me arrojó
como papel cancelado,
y como está deslustrado
de mi nobleza el papel,
á que me dé voy tras él
el lustre que me ha quitado. *Vase.*
Leon. Aguarda, padre y señor,
y repara como sabio,
que para vengar tu agravio
(el mio diré mejor)
tiene mi pecho valor
de lo mucho que le has dado.
Celio. *Dent. Celio.* Señora? *Leon.* Recado
de escribir. *Celio.* Aquí está ya.
Saca Celio recado de escribir.
Leon. Presto la mancha saldrá
de lo que Lope ha borrado.
Siéntase á escribir, y sale Doña Clara.
Clara. Bien quisiera, prima hermosa,
no decirte á lo que vengo.
Leon. Para la furia que tengo,
vendrá á ser superior cosa.
Clara. Porque no quedes quejosa,
quando tu amor es tan fino,
Don Cosme está de camino.
Leon. Qué dices? *Clara.* Lo que me escuchas.
Leon. Ea, penas, venid muchas
(entre dudas desatino:)
Aquí me combate amor, *ap.*
allí el honor pide ayuda;
no sé á qué parte me acuda,
si al amor ó si al honor:
pero cese mi temor,
á uno y otro me acomodo,
disponiéndolo de modo
mis nobles resoluciones,
que entre tantas confusiones
quede satisfecho todo.
A dónde Don Cosme está?
Clara. En mi casa le dexé.
Leon. Pues aguarda escribiré,
breve la nota será.
Ponese á escribir, y cierra los dos villetes.
Clara. Date prisa, que estará
aguardando con cuidado.
Leon. Prima, aquesto está acabado:
pero dime por tu vida, *Levántase.*
sabes aquesta partida
de qué se haya ocasionado?
Clara. Que de amor está perdido,
dice, y premiado muy poco,
y por no verse mas loco,
toma el irse por partido.
Leon. Que le des este te pido,
quizá le tendrá mi amor: *A Clara.*
tú, Celio, lleva al traidor
de Don Lope este papel,
que quiero curar por él
la enfermedad de mi honor. *Vanse.*
Salen Don Lope y Don Claudio.
Claud. Mal hiciste. *Lope.* Bien ó mal,
ya se hizo. *Claud.* Pues á lo hecho,
suelen decir ruego y pecho;
pero no ruina fatal.
Don Lope, temblando estoy,
que son muchos los Centellas,
y con tan justas querellas,
por arruinado te doy

Lope. Pierde, Claudio, esos temores,
que tambien son los Faxardos
alentados y gallardos,
en ocasiones mayores.

Sale Celio con un papel.

Celio. Doña Leonor mi señora,
este me dió que te diese. *Dásele.*
Lope. Díxote, que respondiese?
Celio. Respuesta no pide ahora;
abrele, y en él verás
lo que pide y lo que ordena.
Lope. Quejas serán de su pena.
Celio. Leyéndole lo sabrás. *Vase.*
Lope. Casi confuso he quedado,
Claudio amigo, de esta accion.
Claud. De toda esa confusion,
y de todo ese cuidado,
puede sacarte el papel.
Lope. Dices bien, abrirle quiero,
aunque de su enojo infiero,
que vendrá veneno en él.
Breve nota, sentimiento *Abrele.*
ostenta su brevedad.
Lee. A mi padre al punto hablad
sobre nuestro casamiento.
Claudio, entiendes este punto,
que escribe Doña Leonor?
Claud. Y segun es su tenor,
que ha consultado barrunto
el caso; y viendo, que son
los Centellas y Faxardos
tan nobles como gallardos,
y de célebre opinion,
á los dos ha parecido
(no sé si bien lo acomodo)
hacer paces de este modo.
Lope. Discreto pensar ha sido.
Claud. Aqueste es mi parecer:
quándo le piensas hablar?
Lope. No lo pienso dilatar,
á la mañana ha de ser;
porque con ventura tal,
acabando su desden,
lo que no quise por bien,
viene á conceder por mal. *Vanse.*

Salen Don Cosme con un papel y Miron.

Miron. Bien te estaba el capoton
del codicioso Hortelano:
que presto alargó la mano,
quando sacaste el doblon.
Pero dexando esto aparte,
qué dice Doña Leonor?
escribete algun favor?
si es favor tengamos parte.
Cosme. Y si son penas? *Miron.* Las penas,
por ser siempre tan pesadas,
son malas para tomadas,
para dexadas son buenas.
Cosme. Ahora dirá el papel,
si son penas ó favores.
Miron. El premio de tus amores
sospecho, que viene en él.
Lee Cosme. Si os preciais de Caballero,
como os preciais de galan,
en el campo de San Juan
aquesta noche os espero.
Miron. Hay confusion? hay quimera?
Cosme. Considera tú, Miron,
si puede dar confusion
quien habla de esta manera.
Lee. Si os preciais de Caballero,
como os preciais de galan,
en el campo de San Juan
aquesta noche os espero.
Quién puede dudar aquí,
hablando con tal desvio,
ser papel de desafio?
Mas si acaso la ofendí
en hacer aquel disfraz?
Pero no, no se ofendió,
porque entónces respondió
con semblante muy de paz.
No entiendo, que pueda ser
escribirme de esta suerte.
Miron. Escucha atento, y advierte
si lo quieres entender:
Todo quanto escribe aquí
son razones de azul y oro,
que por guardar su decoro
las ha colorido así:
Tú la enviaste á decir,
que tu partida es mañana;
y como no pierde y gana,
contigo se quiere ir.
Que estando en tu compañía,
mejor os podreis casar;
si aquesto es desafiar,
vengan muchos cada dia.

Cosme.

Cosme. Sin duda en lo cierto has dado.
Miron. Tengo ingenio peregrino.
Cosme. Con eso será el camino:: -
Miron. Qué, señor? *Cosme.* Ménos cansado:
vamos á casa, que es tarde.
Miron. Sí, ya es hora de cenar.
Cosme. Y me causará pesar,
que Doña Leonor me aguarde.
Miron. La cena esté prevenida,
con que poder regalarla,
que esta noche pienso darla
el parabien de salida. *Vanse.*
Sale Doña Leonor de hombre, de noche.
Leon. Qué mal un corazon noble
reposa, si está ofendido!
y qué bien al mas cobarde,
le fomenta y le da brios!
A Don Lope le escribí,
que en aqueste ameno sitio
le aguardaba aquesta noche,
á donde del valor mio
conozca las bizarrías;
y sepa, que aunque de vidrio
la sabia naturaleza
á las mugeres nos hizo,
el vidrio en bronce se trueca
en apretados peligros,
para castigar valiente
á villanos atrevidos.
Ya es hora de que viniera,
mas de tardarse colijo,
que teme de mis alientos
la venganza y el castigo:
mas con todo he de aguardarle.
Sale Don Cosme de noche.
Cosme. Este es el campo y el sitio
en que me escribe Leonor,
que aguarda: si aun no ha venido?
pero qué dudo? que Amor
es tan brioso, aunque niño,
que alas se pone en los pies,
quando tardarse no quiso.
Leon. Ya viene, sino me engaño.
Cosme. Entre aquellos sauces miro
un bulto, sin duda es ella.
Leon. Aquí de sus desatinos
pagará el atrevimiento;
porque el agravio, que hizo
á mi padre y á mi honor,
me infunde valor y brio.
Cosme. Es Doña Leonor? *Leon.* Yo soy.
Cosme. Aqueste favor estimo, *Llega.*
como es razon, y en el alma
le tendré siempre esculpido
para pagarle á su tiempo;
pero ahora, dueño mio,
no será bien nos cansemos
en episodios prolixos.
Leon. Valgame Dios! no es Don Cosme
el que está hablando conmigo? *ap.*
mas yo á Don Lope he llamado
con carta de desafío.
Cosme. Vamos, mi bien. *Leon.* Poco á poco,
que á este sitio no he venido
á escuchar finezas locas
rebozadas con delitos;
sabes para qué te llamo?
Cosme. Hasta ahora no he sabido
mas, de que amorosa quieres
irte mañana conmigo.
Leon. Qué es contigo? Vive Dios,
Caballero mal nacido,
que ántes me diera la muerte,
que hiciera tal desatino.
Aquí tengo de matarte,
y luego dexaré escrito,
con tu sangre fementida,
en estos sauces y alisos:
Aquí yace un Caballero;
Caballero? mal he dicho:
un villano, que á mi honra
quiso echar un sambenito.
Cosme. Repórtate en tu lenguage.
Leon. De que hago lo que digo.
Cosme. Pues yo qué agravio te he hecho?
Leon. Ya te haces olvidadizo?
gustas de que lo repita?
pues no quiero repetirlo:
saca la espada. *Cosme* Señora,
aquese fuera el delito
primero, que cometiera
contra tí: tal barbarismo
no he de hacer; pero si acaso,
el haberte yo querido
con tan fixo amor te ofende,
aquí estoy á tu servicio,
mátame, para que acabe
de una vez amor tan fixo.

Leon. Esas finezas Don Lope,
ahora no las admito.
Cosme. Don Lope? Don Cosme soy.
Leon. Ha traidor! ya te he entendido:
en la voz sí lo pareces;
pero considero y miro,
que eres lobo, y te disfrazas
con la piel de blanco armiño.
A sagrado te acogías,
temeroso del castigo;
pero no valdrá el sagrado,
sí bien ese nombre estimo.
Y pudiera perdonarte
por él qualquiera delito:
pero no perdamos tiempo,
desnuda el acero limpio,
si no quieres que furiosa
te mate. *Cosme.* Quién habrá visto *ap.*
ocasion mas apretada?
yo reñir conmigo mismo?
yo con la imágen que adoro?
yo con el Sol á quien sigo?
qué es esto, sagrados Cielos?
quién vió mayor laberinto?
Leon. Ya tu dilacion me cansa.
Cosme. Si es forzoso, no resisto *Riñen.*
el reñir; mas pesaráme,
que de mi estoque los filos
te ofendan con un cabello.
Leon. Detente, que me has herido,
y temo, que es penetrante
la herida: mas no desisto
de mi venganza, hasta tanto,
que te vea cadáver frio. *Vase.*
Cosme. Aguarda, Leonor hermosa;
espera, Angel divino,
que si bien no estoy culpado
en nada de lo que has dicho,
por darte gusto seré
homicida de mí mismo.
Valgame Dios! si es Leonor
la que conmigo ha reñido?
pero yo en qué la ofendí
para tales desafíos?
Ea, confusiones, ea,
ea, penas y martirios,
acabadme de una vez
(sino es ahorro si vivo)
á vista de lo que adoro
entre tantos parasismos.
Pues si el bien tengo presente,
y gozarle determino,
huye tan veloz de mí,
que sin penetrar sus visos,
lo que al parecer es fácil,
se convierte en laberintos.

JORNADA TERCERA.

Salen Don Jayme con una carta en la mano, y Doña Leonor con una vanda en el brazo.

Jayme. En efecto, tú, Leonor,
cuyos nobles pensamientos,
hasta ahora competian
con los candores de Febo,
llevada de tu apetito,
no sé yo por qué suceso,
al agresor de una infamia,
que la escribió con sus dedos
en el papel de mi rostro
tan bruñido, limpio y terso,
y ahora con tal borron,
sucio, deslustrado y feo,
mas que enojada, amorosa
escribes tiernos requiebros?
Ha Leonor! qué bien estimas
la nobleza, que te dieron
los Centellas, cuyo tronco
brotó con tal pujamiento,
que sus pimpollos llegaron
á competir con los cedros!
Tú, quando estoy deshonrado,
quando tengo puesto un velo
de infamia sobre la plata,
que fué oro en otro tiempo,
escribes, que á verme venga,
para que en tu casamiento
se trate con quien postró
todo mi honor por el suelo?
Has escrito este papel,
porque venga á ser espejo
de mi agravio y mi deshonra;
y quando llegara á verlo
me refresque la venganza,
y estando el agravio fresco,
destilen fuego los ojos,

bro-

brote el corazon veneno,
los alientos se remocen;
y quando yo por ser viejo
no pueda, incite á los mios,
que saquen el limpio acero,
y acudan á la venganza?
Si por aquesto lo has hecho,
premio aquesta accion merece,
alabo tu pensamiento:
mas no, Leonor, ya conozco,
que anda el Amor de por medio,
y no mira en puntos de honra,
por ser rapaz y ser ciego.
Pensabas que tanto daño
se resarcía con esto,
que le avisas que me vea,
y que me hable al momento,
para que trate tus bodas?
No, Leonor; viven los Cielos,
que mientras yo tenga vida,
no has de lograr tus deseos.
Leon. Tan turbada me han dexado
de tus razones los ecos,
que entre afligida y confusa
á responderte no acierto:
yo á Don Lope? yo á Don Lope?
Jayme. No quieras dorar tu yerro.
Leon. Confieso que le escribí,
pero fué con otro intento.
Jayme. Qué otro intento pudo haber,
si á voces está diciendo
esta carta, y vesla aquí
de tu mano y de tu sello:: -
Lee. A mi padre al punto hablad
sobre nuestro casamiento.
Repres. Y aquí Don Lope ha venido
á tratarlo? *Leon.* Santo Cielo, *ap.*
qué laberinto es aqueste?
Digo, señor, que confieso
haberle escrito, mas fué
para que en el campo ameno
de San Juan, aquella noche
midiesemos los aceros;
que aunque soy muger, los brios
de tus marchitos alientos,
con el agravio presente,
revivieron en mi pecho.
Sin duda que se trocaron *ap.*
los papeles, y á mi dueño
llevó Clara el de Don Lope,
y á Don Lope llevó Celio
el de Don Cosme Luxan:
mi turbacion trazó aquesto
para mayores desdichas;
mas para todo hay remedio,
descubramos la maraña,
Amor lince y Dios flechero.
Jayme. Muy al contrario, Leonor,
me informa lo que estoy viendo
en este papel, si aquí
de tu letra escrito veo:
A mi padre luego hablad
sobre nuestro casamiento;
y Don Lope viene á hablarme:
cómo quieres que dé crédito
á lo que dices? *Leon.* Señor,
ya que el aliento postrero
ha llegado de estos lances,
escucha. *Jayme.* Ya estoy atento.
Leon. Yo confieso, que á Don Lope,
no por amor que le tengo,
ni por estimar finezas
de rondas y galanteos,
escribí un papel, y en él
en abreviados conceptos,
le llamaba á desafío,
si acaso era Caballero:
la verdad, señor, te digo:
pero estándole escribiendo,
alborotada mi prima,
lleno de temor el pecho,
entró, y me dixo: Leonor,
bien quisiera excusar esto,
mas como te quiero bien,
ocultártelo no puedo:
mañana se vá Don Cosme;
si hallas algun remedio
para detenerle, yo
hago en esto lo que debo.
Apénas estas palabras
escuché, quando me quedo
mas que carambano elado;
porque la sangre en el cuerpo
faltó á sus obligaciones,
quedando tan sin aliento,
que fué mucho no morirme;
mas el generoso centro
de la vida, cuidadoso

de la mia en tanto riesgo,
aliento me restituye;
y volviendo al ser primero,
tomé la pluma, escribile
que te hablase; el papel cierro,
y como estaba turbada,
entre amores y entre incendios
del agravio de Don Lope
(ay Dios!) los papeles trueco,
dando á Don Lope el de Cosme,
y á Cosme el de Lope dieron.
Aquesta herida lo diga,
que ahora en el brazo tengo,
pues por salir á vengarte
vine á hallarme en mucho empeño
con Don Cosme, imaginando
ser Don Lope el que el acero
esgrimía; mas si él fuera,
que no me costara creo,
la sangre que me ha costado;
que la culpa quita alientos,
acobarda al mas valiente,
y al animoso da miedos.
Esta es la verdad, señor;
que bien á Don Cosme quiero,
lo es tambien, y si lo hicieras
(señor y padre) mi dueño,
aunque en las mugeres nobles
viene á ser atrevimiento,
yo fuera dichosa hija,
y tú padre verdadero.

Jayme. De tus pensamientos nobles,
querida hija, me alegro,
que bien merece este nombre,
quien tiene tal pensamiento.
Y ahora que cierto estoy,
que no estás culpada, quiero
satisfacer á Don Lope:
dónde está? *Leon.* En este aposento:
has de volver donde estoy?

Jayme Sí, Leonor, al punto vuelvo. *Vase.*

Leon. Valgame Dios! qué de penas
se amontonan en mi peho!
O quién hablara á Don Cosme,
para decirle el enredo
del papel! si se habrá ido,
entre dudoso y suspenso
de este suceso pasado?
Si dará quejas al Cielo
de mi trato, que alevoso
le llamé, y mal Caballero?
Ay de mí! todo es desdichas;
mas (ay Dios!) de qué me quejo,
si él se declaró conmigo,
y yo no quise creerlo?
Padezcan pues mis sentidos,
salga á pedazos deshecho
el corazon, pues yo sola
tengo la culpa de aquesto.

Salen Don Cosme y Miron.

Miron. Dónde vas? *Cosme.* A despedirme
de Don Jayme. *Miron.* Y es de cierto,
que nos hemos de ir? *Cosme.* Por Dios,
Miron, que ha de ser tan cierto,
como el Sol alumbra el Orbe.

Miron. Y si acaso mira tierno
Doña Leonor, qué has de hacer?

Cosme. Ser risco en la Mar expuesto
á las olas, sin que en mí
se divise un movimiento.

Miron. Yo he visto otros muchos bravos,
que con solo dos pucheros,
que hace la tal melindrosa,
son cera blanda, que al fuego
hacen de ellos quanto quieren,
y de tí será lo mesmo:
Allí está Doña Leonor.

Cosme. Allí? pues atras me vuelvo,
que yo no la busco á ella.

Miron. Ahora tenemos eso?

Leon. Mi señor Don Cosme? *Miron.* Mira
que te llama. *Leon.* Tan grosero
en aquesta casa estais?

Cosme. Tengo por azar el veros;
y así me vuelvo á la calle.

Sale D. Jayme, y hace que se va D. Cosme.

Jayme. Señor Don Cosme, tan presto
dais la vuelta? *Cosme.* Señor, sí,
porque á despedirme vengo
de vos, y no será justo,
que os dé sospechas y zelos,
si me hallais con vuestra hija.

Jayme. De tan noble Caballero,
no tengo que sospechar:
qué decís? *Cosme.* Tengo dispuesto
para esta tarde el viage;
y solo saber pretendo,
si me mandais en qué os sirva.

Jayme.

Jayme. Venís á tan lindo tiempo,
que me excusais de buscaros;
sí bien el veros resuelto,
para hacer vuestro viage
tan brevemente, me ha puesto
en cuidado. *Cosme.* Si serviros
en alguna cosa puedo
en Barcelona, esperad,
y vereis como procedo;
pero mandar que me quede
otra vez aquí, aunque excedo
los límites de cortés,
perdiéndoos á vos respeto;
el partirme es tan forzoso,
que no puedo hacerlo ménos.
Leon. Todos estos son enojos, *ap.*
que tiene conmigo: ay Cielos,
qué de desdichas me cercan!
Miron. Hasta ahora bien lo has hecho;
pero si llega Leonor, *Al oído.*
te ha de ablandar sin remedio.
Cosme. No hayas miedo que me ablande.
Miron. Solo aquesto me da miedo.
Jayme. Por vuestra vida, Don Cosme,
que me digais, si merezco
saber la causa, qué causa
os obliga á que resuelto
esteis de iros esta tarde?
Cosme. Tuve anoche cierto encuentro
con persona de importancia;
y estando en Valencia, temo
no salir bien otra vez;
que como fuí forastero,
no habrá quien haga mis partes.
Jayme. Yo, Don Cosme, las he hecho:
oyendo el caso he sabido,
y así, aseguraros puedo,
que á quien la sangre sacasteis,
os quiere como vos mesmo.
Y si acaso os da cuidado
aquel villete, que os dieron,
de que para vos no se hizo,
podeis estar satisfecho.
Y si este encuentro temeis,
no temais tales encuentros,
que yo aseguro las paces.
Cosme. Estando vos de por medio,
no hay mal que temer se pueda.
Miron. Ya el risco se va rindiendo
á las olas de la Mar;
solo falta el suave viento
de Leonor: que si este sopla,
cierto estoy, que nos quedemos.
Jayme. Quisiera, Cosme, casaros.
Cosme. Por tan grande Caballero,
no tendrá duda, señor,
que sea bueno el casamiento;
pero con quién?
Jayme. Con mi hija
Leonor. *Cosme.* Yo ganaré en ello,
sino hubiera de partirme:
mas si con este concierto
quereis, señor, que se haga,
por mi parte ya está hecho.
Jayme. Con tanta resolucion?
Cosme. Señor:: - *Jayme.* Vienes en esto,
Leonor? *Leon.* Si yo soy quien gana,
razon es que venga en ello.
Cosme. Pues con esa condicion,
que habemos de partir luego,
esta es mi mano. *Danse las manos.*
Leon. Y la mia
es aquesta. *Miron.* Buen provecho
os haga, amen, la lazada.
Cosme. Vamos pues á disponernos
para el viage. *Miron.* Por Christo,
señor, que yo no te entiendo.
Cosme. Pues yo sí me entiendo á mí.
Miron. Tienes por ventura zelos?
Cosme. No, Miron, mas esto hago,
por no venir á tenerlos. *Vanse.*

Salen Don Lope y Don Claudio.

Claud. Has negociado bien?
Lope. De tal manera,
que de otra suerte, Claudio, lo quisiera.
Claud. Pues cómo has negociado?
Lope. Sabrás como ser pude engañado
con el papel de desafío,
pues quando pensé estar favorecido,
fué para mí de tal quimera,
que el papel que me dieron de otro era.
Claud. No está malo el engaño;
pero ya que has sabido el desengaño,
y sabes que á otro escribe esas finezas,
y que en nada le estiman tus ternezas,
qué aguardas á la puerta de su casa?
Lope. El corazon de zelos se me abrasa:
entró allá un forastero,

hay

haydentro grande ruido, y saber quiero,
si es posible, la causa.
Claud. Este Lacayo puede poner pausa
á todos tus deseos.
Sale Miron alborotado mirando al paño.
Mir. No es tiempo ya de aquesos galanteos:
miren, por vida mia,
la Galleguita con lo que venia.
Lope. Por vida vuestra, hidalgo:: -
Miron. Bien sé que lo soy, pero si valgo
alguna cosa para su servicio,
me tendrán vuesarcedes muy propicio;
mas ha de ser de priesa,
que ponen ya la mesa,
y si en ella no asiste mi presencia,
me quedaré á la Luna de Valencia.
Lope. Que me digais os pido,
por qué ocasion este alboroto ha sido?
Miron. Está bien preguntado:
con mi señor Don Cosme se ha casado
Doña Leonor, asombro de hermosura,
y el casamiento se hizo en coyuntura;
y siendo inexcusable su destino,
que estaba de camino,
y el ir á Barcelona ser forzoso,
anda la casa toda sin reposo:
ya de camino estamos,
y para caminar solo aguardamos
á Don Jayme, que fué por la licencia
del Arzobispo, para que en presencia
del Cura de esta Aldea mas cercana
se case la Diana
de estos valles y sotos.
Aquestos son, señor, los alborotos,
que se han causado ahora en esta casa;
aquesta es la verdad de quanto pasa;
y pues no es para mas, y se hace tarde,
perdone vuesarced á quien Dios guarde.
Claud. Parece que has quedado (*Vase.*
con lo que este Lacayo ha relatado,
confuso, absorto y mudo.
Lope. Darme pena no pudo
mas triste y mas penosa:
pero vamos al puerto de Tortosa,
donde verás, amigo, lo que hago.
Claud. Si el ser tu amigo con aqueso pago,
vamos muy norabuena,
mas no quisiera que en mas grave pena
se embarcara tu intento.
Lope. En Tortosa sabrás mi pensamiento.
Vanse, y salen Don Jayme y Doña Clara.
Clara. Con gusto se fué Leonor.
Jayme. No es mucho vaya con gusto,
que no puede haber disgusto
en casados con amor.
Clara. Quándo ha de partir, mi tio?
Jayme. Muy brevemente será.
Clara. Primero se tratará
este casamiento mio.
Jayme. De Lope agraviado estoy,
mas hago al Cielo testigo,
que se ha de casar contigo,
ó no seré yo quien soy.
Clara. Edades largas, señor,
tributes censo á la vida.
Jayme. En el alma está esculpida
la ofensa hecha á mi honor:
mas yo le haré confesar,
ya que ahora se desdice,
que Don Jayme verdad dice,
y que me vino á rogar,
que lo tratase contigo;
que para que lo confiese,
aunque á Don Lope le pese,
basta que yo sea testigo.
La ropa he de componer
para llevar á Leonor;
y así, vamos, que tu honor
por mi cuenta ha de correr. *Vanse.*
Salen D. Cosme y Doña Leonor de camino.
Cosme. Vienes cansada, Leonor?
Leon. Mal me puedo yo cansar,
quando para descansar,
tu esclava me hizo el Amor.
Cosme. Estimo aquese favor;
sí bien despues que te ví,
tan esclavo tuyo fuí,
que el alma te hizo su dueño,
poniéndome en tanto empeño,
que en tí vivía, y no en mí.
Mil almas tener quisiera
para emplearlas, Leonor,
en tu amor; porque tu amor
es de superior esfera,
y yo contento viviera
con tan soberana suerte,
viendo, que sin merecerte,
publicara mi osadía,

que pocas almas tenia,
mi Leonor, para quererte.
Leon. Yo soy quien puedo decir,
sin lisonja, Cosme mio,
que de mi amor no me fio,
para poderte servir:
y así te quiero advertir,
ya que la ocasion me ofreces,
que si digo muchas veces,
que te amo con amor loco,
todo lo que digo es poco
para lo que tú mereces.
Y casi vengo á pensar,
viendo mi excesivo amor,
que como temprana flor,
á sazon no ha de llegar.
Cosme. Qué te obliga á imaginar,
Leonor, en tan dulce estado,
cosa de tanto cuidado?
Leon. El considerar, mi bien,
que los que se quieren bien,
casi nunca se han gozado.
Cosme. Cese la pena y desvelo,
que te da ese pensamiento;
porque nuestro casamiento,
Leonor, le ha ordenado el Cielo:
y así, pierde ese rezelo,
no te aflixa, ni te altere,
tu amor larga vida espere,
sin darte tantos cuidados,
que los bien y mal casados
se gozan lo que Dios quiere.
Sale Miron. Ya está todo prevenido,
señor, para caminar;
pero falta vida al Mar,
de la mucha que ha tenido:
el Marinero ha subido
á la gavia, y dice ahora,
que al despertar el Aurora
viento apacible tendremos,
y alegres caminaremos
en tanto que el Alva llora.
Cosme. Entra, Leonor, en el Mar,
que yo en su márgen gallarda,
lo que el Zéfiro se tarda,
me divertiré en cazar:
desde allí verás tirar
al conejuelo medroso,
que alegre, ufano y gozoso
sale á pacer esmeralda
en la marítima falda
de aqueste piélago undoso.
Leon. No, mi bien, aquí estaré
á la sombra de este risco,
á quien el verde lentisco
humilde besa su pie:
aquí á Celio llamaré,
sí bien, quedándome aquí
el alma, que vive en mí,
en la caza ha de seguirte:
aquesto es, Cosme, decirte,
que no me hallaré sin tí.
Cosme. Presto volveré, mi cielo.
Leon. No siendo de aquesa suerte,
mas cierta será mi muerte,
que no la del conejuelo.
Cosme. Vamos, Miron.
Miron. Ten consuelo,
señora, con que han de ver,
ántes del anochecer,
de tus luces los reflexos,
á tus plantas mas conejos,
que un asno pueda traer. *Vanse.*
Sale Don Lope vestido de Marinero.
Lope. Dónde está el señor Don Cosme?
Leon. Ahora á cazar se fué.
Lope. No es mala ocasion aquesta
para lo que he menester.
Leon. Qué modo de hablar es ese,
Marinero descortés?
es del Mar ese lenguage?
Lope. Sabes quién soy? *Leon.* No lo sé.
Lope. Pues escúchalo y sabráslo:
Este vestido que ves
es impropio en mí. *Leon.* Y el modo
de hablar impropio es tambien,
aunque sea quien me habla
disfrazado el mismo Rey.
Lope. Yo soy Don Lope Faxardo,
que sin dexar de correr
las postas en que he venido
desde Valencia, llegué
á Tortosa, y he tomado
este trage. *Leon.* Para qué?
Lope. Para poderte decir,
sin que lo pueda entender
Don Cosme, que yo te adoro,
y que despues que miré

tus

tus ojos, nunca los mios
con asomos de placer
se han visto: y así, Leonor,
vengo á ponerme á tus pies,
para ver si mi humildad
tu rigor puede vencer;
que ya viene á ser sobrado
conmigo tanto desden.
Pero si mis humildades
no quieres favorecer;
el sitio está convidando,
pues aquí nadie nos ve,
ni hay marido que lo impida
el que goce el rosicler
de tus labios: mas yo espero,
que aquí premiado ha de ser
con mucho gusto mi amor:
mas si con todo, á la fe
de mis crecidas finezas
no quieres corresponder,
la humildad con que suplico,
en rigores trocaré,
tomando, Leonor, por fuerza
lo que no me das por bien.

Leon. Ya son tres veces con esta,
Don Lope falso y cruel,
las que has probado en mi daño
la fuerza de mi poder.
Y si á tres va la vencida,
lo que á la segunda vez
respondí, respondo ahora,
supuesto que ya son tres.
Ves este escollo, que el Mar
espumoso, como infiel,
con balas de oro combate
desde la cabeza al pie,
sin dexar de combatirle,
desde que empieza á nacer
el Alva, hasta que en urnas
de nacar y de clavel,
encierra todos sus rayos
ese farol, que sin pies
va corriendo por la esfera,
sin verse cansancio en él;
y el piélago no cansado,
aunque comienza á tender
la noche sus lutos negros,
y el escollo no se ve,
no dexa de combatirle,
pensando, que ha de vencer
del risco la fortaleza;
pero todo en vano es,
porque el empinado escollo
no se sujeta, ántes bien,
valiente, como arrogante,
si alguna nave ó baxel,
impelidos de la Mar,
le llegan á acometer,
los destroza y los deshace,
rindiéndolos á sus pies?
Pues así, arrogante Lope,
Doña Leonor ha de ser,
que siendo mi pecho escollo
en firmeza, venceré
tiros de finezas torpes,
trabucos de querer bien,
balas de arrogantes brios;
y si fueres descortés
conmigo, entre estos peñascos,
por decir que aquí no hay quien
se oponga á tus disparates,
la vida me quitaré
con la espada de los dientes,
que á una valiente muger
los dientes sirven de espada
contra un Caballero infiel.

Lope. No tan colérica y brava,
Leonor, cese tu desden,
trueca en amor los rigores,
y el desprecio en bien querer:
porque te vuelvo á decir
con término muy cortés,
que es mejor hacer por gusto
lo que por fuerza ha de ser.

Leon. Ay de mi! que está resuelto: *ap.*
en este caso, qué haré?
pero válgame la industria,
que estoy sola, y soy muger.
En fin, Don Lope Faxardo,
he de quebrantar la ley
de honrada y noble? *Lope.* Leonor,
la fuerza de querer bien
en esta ocasion me obliga
á parecer descortés.

Leon. Digo pues, señor Don Lope,
supuesto que así ha de ser,
que no ha de ser profanando
de la vergüenza el clavel:

va-

vamos á la Nave, en ella
ese gusto te daré;
que el secreto y el recato,
supuesto que he de ofender
á Dios y á Cosme mi esposo,
de mucha importancia es.
A dónde podré decir
de esta agua no beberé?
pues aunque valiente he sido,
al fin me dexo vencer.
Lope. Lo que tú quisieres quiero.
Leon. Si, mas saldráte al reves, *ap.*
porque has de quedar burlado,
ó no ser noble muger. *Vanse.*

Disparan dentro una escopeta, y dicen Don Cosme y Miron.

Cosme. Herida va la Garza.
Miron. A cargar vuelve,
y tirala otra vez.
Cosme. Bien se revuelve
por la region del ayre á las Estrellas.
Miron. Irá á darles de tí muchas querellas.

Salen Don Cosme y Miron de Cazadores.

Cosme. Con qué velocidad surcaba el ayre!
Miron. Y acosada veloz huye al desgayre.
Cosme. Poco la detenia el ir herida,
que el corage la influye nueva vida.
Miron. Conociendo ventaja, no me espanto,
que por librarse caminase tanto.
Cosme. Tente, Miron, q̃ sobre aquel escollo,
de aquestas selvas natural cogollo,
un Gavilan con vuelo acelerado,
arrogante, tenaz, determinado,
despedazar pretende una Paloma,
sobre el puntual arisco de esa loma:
ella escaparse intenta de sus garras;
y perdiendo el timon y las amarras,
en el mar de su angustia se desboca,
ya la vuelve á seguir de roca en roca:
ella huye tal vez, ya la da alcance,
ya la sigue cruel (qué fiero trance!)
y con sus uñas corvas ya la prende,
mas ella con su pico se defiende:
la crueldad de este páxaro me cansa,
y me lastima la Paloma mansa:
dame, dame recado, porque quiero
atajarle los pasos á ese fiero,
y veré si le privo de la vida.
Miron. Bien lo merece el palomicida;
vamos tras él, señor.
Cosme. Vente conmigo,
que no se ha de librar de mi castigo,
aunque atraviese toda la campiña.
Miron. Dios me defienda de aves de rapiña.

Vanse, y sale Celio vestido de muger con el de Leonor; y esta de hombre, tiznado el rostro.

Celio. Para qué con tal primor
me has querido aderezar?
Leon Pretendo así festejar
á Don Cosme tu señor.
Celio. Yo he de hacer quanto me mandes.
Leon. Ya conozco tus extremos;
quiero que representemos
el Valiente Negro en Flándes.
Aunque dixera mejor, *ap.*
pues me he llegado á tiznar,
que quiero representar
la Negra por el Honor.
Celio. Aunque Negra, hermosa estás.
Leon. Como tú me quieres bien,
negra te parezco bien.
Celio. Gusto á mi señor darás
viéndote con tal color.
Leon. Que tendrá gusto sospecho,
quando sepa, que me he hecho *ap.*
negra, por guardar su honor.
Celio. Razon será, que probemos
los pasos mas apretados.
Leon. Ya, Celio, están bien probados;
pero quando nos erremos,
perdon tendrá nuestro error:
Porque en aquesto, que emprendo,
solo que acierte pretendo *ap.*
la Negra por el Honor.
Vete arriba, aguarda allí,
que presto te iré á buscar.
Celio. A tí te toca mandar,
y el obedecer á mí. *Vase.*
Dent. Lope. Querida Doña Leonor,
ya el Sol se quiere poner.
Leon. Qué importa? que yo he ser
la Negra por el Honor.

Sale Don Lope de Marinero.

Lope. Quién eres? *Leon.* Esclavo soy
de Doña Leonor. *Lope.* Así?

Leon. Si señor; dexóme aquí,
y aquí aguardándola estoy.
Lope. A dónde fué tu señora?
Leon. A la plaza de Armas fué.
Lope. Acaso sabes á qué?
Leon. Por Don Cosme gime y llora.
Lope. Yo la quiero consolar
en tan grandes desconsuelos. *Vase.*
Leon. Yo, entre tantos desvelos,
voy á Don Cosme á buscar.
Al entrar sale Don Claudio de Cazador.
Claud. Dónde está Doña Leonor?
Leon. Qué la quieres?
Claud. Quiero hablarla,
para decirla y contarla
una nueva de dolor.
Leon. Qué es la nueva?
Claud. Que á su esposo
gallardo, animoso y fuerte,
una rigorosa muerte
le dió un Javalí cerdoso.
Leon. Qué dices? *Claud.* Lo que has oído.
Leon. Si está muerto mi señor,
acabeme á mí el dolor.
Claud. De aquesto testigo he sido:
en el campo yo le hallé
con el Javalí luchando,
y casi ya agonizando
quando partí le dexé.
Aquesto vengo á decirla,
sabe Dios, que me da pena,
mas la nueva mala ó buena,
de alguno tiene de oirla.
Leon. No le des ese dolor,
basta que á mí me le has dado.
Claud. Tú, pues eres su criado,
se lo contarás mejor,
que por si acaso no es muerto,
quiero allá volver de prisa;
de esto á tu señora avisa,
pues te digo lo que es cierto;
que sabe el Cielo el dolor,
que me ha hecho padecer. *Vase.*
Leon. Ahora sí, que he de ser
la Negra por el Honor.
Negra mi ventura ha sido,
pues hoy me vengo á hallar
un pie en tierra, otro en el Mar,
sin esposo y sin marido.
El rostro me habia tiznado
solo por mostrar quien soy;
pero ya de suerte estoy,
que toda negra he quedado:
porque el alma negra está
de tristeza y compasion:
negro tengo el corazon,
y negra es mi vida ya.
Mas cómo aquí me entretengo?
cómo estoy con tal reposo?
voy á buscar á mi esposo,
que otro consuelo no tengo;
porque en tan grave dolor
digan las lenguas parleras,
que hoy represento de veras
la Negra por el Honor. *Vase.*
Salen Don Cosme y Miron de Cazadores con venablos.
Miron. Por Dios, señor, que estoy muerto.
Cosme. Yo tambien estoy cansado.
Miron. Lleve el diablo el gavilan,
que sin duda mas que páxaro
fué el demonio, pues de suerte
los dos habemos quedado,
que ni tú estás para haca,
ni yo, señor, para haco.
Cosme. Aunque la brillante antorcha
quiera ya esconder sus rayos
detras del zarzo biombo,
que cubre el cerúleo charco,
y entre confusos desvelos
Leonor estará aguardando,
quiero descansar un poco *Siéntase.*
en lo ameno de este prado.
Miron. Bien dices, mas hace falta,
para alivio del cansancio,
un pedazo de candiota
de los licores de Baco:
que si va á decir verdad,
segun estamos cansados,
fuera de mucha importancia
beber siquiera dos tragos.
Cosme. Qué bien las naves parecen!
Miron. Desde aparte sí, mas hallo,
que tratar con tales bestias
es grandísimo trabajo.
Cosme. Yo apostaré, que Leonor

con

con amorosos cuidados
se ha asomado muchas veces
de la Nave en lo mas alto
á vér si yo::- pero aguarda, *Levántanse.*
no es aquella que en lo llano
de la plaza de Armas huye
de un Marinero villano?
Miron. Ella parece, señor.
Cosme. Vive Dios, que aquel presagio
del gavilan y paloma,
anuncio fué de este caso.

Descúbrese una Nave con sus jarcias y gallardetes, y en ella Celio de muger, huyendo de Don Lope, que vá de Marinero.

Lope. Agüarda, querido dueño.
Celio. Ten, Marinero barbaro.
Lope. Cumple lo que has prometido.
Celio. Estás loco? *Lope.* Enamorado
sí estoy. *Cosme.* Qué es esto que miro?
ea, Miron, vamos, vamos,
que mi honor riesgo padece.
Celio. Tente, traidor. *Lope.* Es en vano
defenderte de mis brios.
Celio. De los cristales el campo
me defenderá de tí. *Arrojase al Mar.*
Lope. Quién corazon mas gallardo,
que esta muger ha tenido,
llevando el honor por blanco?
Dent. Celio. Que me ahogo, que me ahogo.
Lope. Yo voy á ver si la saco. *Vase.*
Cosme. Que se ahoga dice: Cielos,
quién vió mas triste fracaso!
Ya nada, ya no parece;
con las luces que ha dexado
el mayor de los Planetas,
se divisa naufragando:
ya el Marinero traidor,
temeroso de su daño,
quiere dar velas al viento,
que si hasta ahora ha faltado
el celebrado Fabonio,
ya sopla piadoso y manso,
ayre dando á los traidores,
porque no vengue este agravio:
pero cómo me entretengo,
si Leonor se está ahogando?
Miron, desnúdame presto. *Desnúdase.*
Miron. Qué quieres?
Cosme. Echarme á nado,
á ver si librarla puedo.
Miron. Ya será imposible caso,
que ha rato que no parece;
y estoy, señor, sospechando,
que sin Sacristan y Cura
ha dado sepulcro sacro
á su cuerpo el Mar piadoso.
Cosme. Llámale, Miron, tirano,
no piadoso, pues conmigo
tan tirano se ha mostrado.
Con todo, he de entrar en él,
y las grutas taladrando,
buscaré el cadáver frio.
Miron. Y si te quedas acaso
en alguna de sus grutas,
siendo del Mar Ermitaño
para siempre, qué tendremos?
Cosme. Vivir siempre::- *Miron.* En qué?
Cosme. En descanso.
Miron. En fin, señor, te resuelves?
Cosme. Sí, Miron. *Miron.* Lleva Rosario
para encomendarte á Dios,
que hay allá peces tan malos,
que si encuentran con un hombre,
al primer hociconazo,
sin vigotes ni narices
le dexan bamboleando.
Cosme. Ya voy tras tí, dulce esposa.
Miron. Tú morirás ahogado.
Cosme. Qué importa quando ella Ero,
que yo venga á ser Leandro? *Vase.*
Miron. Yo entiendo, que de esta vez
Miron se queda sin amos,
siendo huevos, no en tortilla,
sino por agua pasados. *Vase.*

Salen Don Lope y Don Claudio.

Claud. En fin, se ahogó Leonor?
Lope. El caso mas desdichado
es este, que ha visto el mundo.
Claud. Asombro ha de dar y espanto
á Valencia este suceso;
y si llega á imaginarlo
su padre, corren peligro
por tí todos los Faxardos.
Lope. Es imposible saberse,
porque á mí nadie en la Nao

me ha conocido. *Sale Lelio.*

Lelio. Don Lope,
cómo te estás tan de espacio,
quando el Justicia mayor
de Tortosa ha echado vando,
que te prendan, ó te maten?

Lope. Quién al Justicia ha informado,
que yo soy el agresor,
para que publique vando,
que me maten, ó me prendan?
es imposible. *Lelio.* Un esclavo,
vertiendo lágrimas tiernas,
lo que pasa le ha contado;
y como el caso es enorme,
luego al punto despacharon
Requisitoria á Valencia,
y á la puerta de Palacio,
y en otros muchos cantones
están papeles fixados,
que publican lo que he dicho;
y los Ministros juntando
contra tí quedaban gente
para correr esos campos.
Aquesto pasa, Don Lope,
aquestas nuevas te traigo
como amigo, por si quieres,
que nos pongamos en salvo.

Lope. Claudio, qué haremos?

Claud. Don Lope,
solo tu consejo aguardo.

Lope. Retirémonos al monte,
y si Vandidos hallamos,
con ellos nos juntaremos,
en tanto que estos naufragios
tienen bonanza. *Lelio.* Bien dices,
vamonos al monte. *Claud.* Vamos. *Vanse.*

Salen Don Cosme y Miron.

Miron. Lindamente nadaste,
mas al fin en el Mar te la dexaste.

Cosme. Este suceso me ha quitado el juicio.

Miron. Si de buzo exercitas el oficio,
vendrás á ser el Rey de aquesta gente.

Cosme. No comiences á estar impertinente.

Miron. Déxolo pues, y trato de otra cosa:
no quieres que lleguemos á Tortosa?
porque estar en el monte y sin comida,
á pique estamos de perder la vida.

Cosme. Como á mí la media me ha faltado,
ese cuidado no me da cuidado.

Miron Por Christo, q̃ es muy linda la respuesta.

Dentro Lelio. Vandidos, á la cuesta,
que por ella va gente. *Miron.* No te agrada
aquella voz?

Cosme. No vengo á sentir nada,
que quando aquí me embistan Vandoleros,
y muerte rigorosa me den fieros,
como ya la mitad tengo perdida,
favor será privarme de la vida.

Mir. Voto á Dios, q̃ me agrada el dichecillo:
yo morirme? temor me da de oillo.

Salen Claudio, Lelio y Don Lope de Vandoleros, con mascarillas.

Lelio. Rindan luego las bolsas, Caballeros.

Miron. Si su corage es solo por dineros,

Saca una bolsa.

en esta bolsa viene quanto tengo,
y á darsela con gusto me prevengo.

Lelio. Tres blancas hay en ella.

Claud. Linda cosa.

Miron. Es moneda, por Dios, que está mohosa,
porque no ha habido nadie que la quiera.

Lelio. Haga franca usted la faldriquera,
y no se haga ahora mogigato,
que ha de medrar muy poco en este trato.

Cosme. Este bolsillo encierra unos escudos,

Saca un bolsillo.

que si han estado mudos,
y tanto á vuestras voces han callado,
es porque me conozco desdichado,
y quisiera obligaros de esta suerte,
á que vuestro rigor me diera muerte.

Lelio. Si tanto lo deseas,
alzo el gatillo. *Lope.* Tan cruel no seas,
que me importa saber si son espías:
llevadlos á la cueva.

Miron. Ay ansias mias!

Lope. Allí sabré el intento que han traido.

Mir. Lléveme el diablo, amé, si te he ofendido.

Llevanlos, y sale Doña Leonor de hombre.

Leon. Peñascos coronados
de lentiscos y ayas levantadas,
que en estos verdes prados
sin costa fabricais brutas moradas,
que me digais os pido,
si sabeis de Don Cosme mi querido.
Levantados pimpollos,

que

que servís de garzotas en el viento,
sin que aquestos escollos
por altivos os causen descontento,
que me digais os pido,
si sabeis de Don Cosme mi querido.
Avecillas parleras,
que formando capillas con donayre,
y volando ligeras
cruzais el monte, lisonjeais el ayre,
que me digais os pido,
si sabeis de Don Cosme mi querido.
Todo calla á mis voces,
hasta mis propios ecos han callado,
porque huyendo veloces,
viéndome triste, sola me han dexado;
que á un triste y sin ventura,
todo le falta, sino es la sepultura.

Salen Don Lope, Claudio y Lelio como ántes.

Lelio. De la cima del monte
un pagecillo he visto que ha baxado;
á prenderle disponte,
que ser perdida espía he sospechado,
que la Justicia envia.
Lope. Poco fruto tendrá con este dia.
Claud. Dónde vá, camarada? *(ap.*
Leon. Ay de mí! qué es aquesto, santo Cielo?
Lope. Si es espía enviada,
ya halla lo que busca su desvelo:
donde vás, pagecillo?
Leon. Lo que preguntas no sabré decillo,
porque yo estoy de suerte::-
Lope. No te turbe el habernos encontrado.
Leon. Dame, dame la muerte,
que sola esta ocasion he deseado.
Lelio. En la falta de seso
al otro se parece, que está preso.
Lope. Palabras no gastemos,
confiesa con presteza á qué has venido.
Leon. Señor::- *Lope.* No hagas extremos,
quitadle luego al punto ese vestido,
que estando en el tormento
confesará verdades.

Al paño Don Cosme y Miron.

Miron. Otro siento,
que están atormentando.
Lope. Dime si la Justicia de Tortosa
el monte viene ojeando.
Leon. Cómo podré decir, señor, tal cosa,
siendo yo pasagero?
Cosme. El eco de esta voz conocer quiero.
Lope. No te suspendas tanto,
sino quieres morir en el tormento.
Leon. De mis ojos el llanto
ya publicando está, que no te miento.
Lope. Pues dí presto quien eres,
si aquí de mi rigor librarte quieres.
Leon. Como me des palabra,
que no me ofenderás en un cabello,
te lo diré. *Lope.* Ya labra
en mi pecho el deseo de sabello:
por Dios Santo te juro,
que de mí y de mi gente estás seguro.
Leon. Pues oye atento, y sabrás,
que aunque en este trage estoy
ostentando que soy hombre,
soy muger, y no varon.
Yo soy, para no cansarte,
la infeliz Doña Leonor
de Centellas.
Lope. Ya colijo,
que es todo embuste y ficcion
quanto me quieres decir.
Leon. Oye atento, que yo soy
la misma que estoy diciendo,
y si hecha relacion
me hallares ser mentirosa,
yo por consejo te doy,
que me hagas mas pedazos,
que átomos calienta el Sol.
Yo soy, te vuelvo á decir,
la infeliz Doña Leonor,
á quien Valencia mi patria,
el primer aliento dió.
Allí Don Cosme Luxan,
Caballero de valor,
cortés, valiente y gallardo,
tan fino me enamoró,
que me rendí á sus finezas;
no fué mucho, porque Amor,
ántes que yo le tratase,
á ser suya me inclinó.
Antes de aquesto, un Don Lope,
noble sí, pero traidor,
pues sin mirar la nobleza,
que de su tronco heredó,
quiso una noche en mi casa,

sin

sin mirar en mi opinion,
ser contra mi voluntad
vandolero de mi honor.
Valiente me resistí,
mi padre Don Jayme entró;
quedóse con él Don Lope,
por darle satisfaccion.
Dexo aquesto, y vuelvo á Cosme:
mi padre, al fin, le habló
para casarme con él;
y conformados los dos,
partimos á Barcelona,
él mi esposo, y suya yo.
De Tortosa en los Alfaques,
no sé por qué permision
de los Cielos, en el Mar,
en aquel tiempo faltó
Zéfiro manso, que sirve
de alas al vaso mayor.
Don Cosme, por divertirse,
á buscar caza salió:
en este tiempo Don Lope,
que á caballo volador
vino siguiendo mis pasos,
de Marinero tomó
trage humilde, y otra vez
de mi pureza el candor
quiso robar: yo confieso,
que aquí tanto me apretó,
que á no valerme la industria,
de mi honor fuera ladron.
Dile palabra, en efecto,
de ser suya, quando el Sol
no pudiese descubrir
mi flaqueza; pero yo,
por ser la que siempre fuí,
y dar mas lustre á mi honor,
adorné con mis vestidos
á un page que me sirvió:
yo trage de hombre tomé,
tiznándome con carbon
mi rostro; dió tras el page
Don Lope, sin atencion
si era Celio á quien hablaba,
ó si era Doña Leonor.
Viéndose el page confuso,
temerario se arrojó
al campo de los cristales,
donde Celio (ay qué dolor!)
hizo sepulcro del Mar,
pues en efecto se ahogó.
Yo tiznada, en fin, por ser
la Negra por el Honor,
iba á buscar á mi esposo,
y díxome un Cazador,
que un Javalí colmilludo
rigoroso le quitó
la vida, y por estas breñas,
destilando el corazon
á pedazos por los ojos,
marchito todo el color,
sin alma todo el aliento,
y toda sin alma yo,
vengo á buscar el cadáver.
Esto, Caballero, soy,
lastímente mis desdichas,
muévate mi compasion,
enternézcante mis penas,
duélete de mi dolor,
y cúmpleme la palabra,
que aquí tu lengua me dió.
Este mi suceso ha sido,
y esta ha sido la ocasion
de disfrazarme, por ser
la Negra por el Honor.

Dentro Jayme. Ola, Pastores del monte.

Lope. Acudid á aquella voz.

Los dos. Con gusto te obedecemos.

Vanse Lelio y Don Claudio.

Cosme. Qué encanto es este, Miron
mi esposa viva, yo preso,
sin poder mostrar mi amor?

Miron. Aguarda á ver en qué para.

Lope. Despues que tu relacion
he escuchado, y sé quien eres,
me ha pesado, vive Dios,
de haberte dado palabra
de no ofenderte. *Leon.* Señor,
no te pese. *Lope.* Sí me pesa.
Pero si yo dueño soy *ap.*
de estos montes, de estos sotos,
y de toda esta region,
y por ella estoy así,
no será razon, que yo
dexe de lograr mi intento:
gozaréla? pero no,

que

que á quien por vivir honrada,
con tal valor se tiznó,
es bien que el mundo la llame
la Negra por el Honor.

Salen Don Jayme, que trae de la mano á Doña Clara, retirándose de Lelio y Don Claudio.

Claud. Date á prision, viejo loco.
Jayme. Será despues que los dos
me quiteis la vida. *Leon.* Cielos, *ap.*
mi padre es este! Señor, *A D. Lope.*
si acaso el ser desdichada
contigo algo mereció,
te suplico, que le mandes,
que no traten con rigor
á mi padre, cuyas canas
merecen veneracion.
Jayme. Quién eres tú, que me llamas
padre? *Leon.* Tu hija Leonor.
Jayme. Cómo estás en este trage?
Leon. Casos de fortuna son.
Lope. Dexadle, no le mateis,
hasta que lo mande yo:
por qué le tratais así?
Lelio. Mirando la perfeccion
de esta muger peregrina,
á los dos nos pareció,
que solo tú la mereces:
hase hecho valenton,
y solo para traerla
donde la goces, causó
esta pendencia que ves.
Lope. Muy bien pareció á los dos,
pues esta ha de ser mi esposa.
Clara. Quién eres? *Lope.* Don Lope soy,

Quitase la mascarilla.

que si hasta ahora he mostrado
esquivez á tu aficion,
viendo que Leonor tu prima
Negra por guardar su honor
se ha hecho, quiero pagarte,
saliendo de confusion,
la obligacion que te tengo:
y á Don Jayme mi señor
pido perdon de mis yerros.
Jayme. Que te los perdone yo
es justo con tal suceso.
Clara. Yo debiera por mi honor,
ingrato, satisfacerme
de otra manera, mas hoy
es preciso que mi agravio
ceda á tu proposicion:
esta es mi mano.

Danse las manos, y se abrazan.

Lope. Y los brazos
confirmen mi firme amor.
Clara. Premió el Cielo mis fatigas.
Leon. Prima, el parabien te doy;
tú el pésame puedes darme,
pues mi Don Cosme murió.
Cosme. Don Cosme tu esposo vive.
Miron. Y tambien vive Miron.
Lope. Quién dixo aquello?
Claud. Los presos.
Lope. Pues salgan de la prision,
para celebrar mi dicha.

Sacan á Don Cosme y á Miron.

Cosme. Querida Doña Leonor,
yo vivo, á pesar de quantas
asechanzas intentó
la fortuna; y pues el hado,
que ingrato me persiguió,
amotinando rigores
contra mi amante pasion,
trueca los riesgos en dichas;
es preciso, que mi amor
logre, á pesar del destino,
benigno tu hermoso sol.
Leon. Qué es esto, divinos Cielos?
no me dixo un Cazador
que era muerto? *Abrázanse.*
Claud. Yo lo dixe;
pero mi lengua mintió
por mandado de Don Lope.
Lope. Confieso que fué invencion,
por gozarte mas de espacio,
pero en vano me salió.
Cosme. No me des satisfacciones,
que yo satisfecho estoy.
Lope. Don Cosme, seamos amigos,
que los yerros por amor,
dignos son de perdonar.
Cosme. De todo te doy perdon.
Claud. Pues tan bien se ha negociado,
y todo en paz se acabó,
solo falta que en Tortosa

se-

sepa el Justicia mayor
lo que pasa, porque cese
el procurar tu prision.

Lelio. Bien dice Claudio.

Lope. Pues vamos
á contar lo que pasó.

Miron. Cómo qué? tengan, señores,
porque falta lo mejor.

Cosme. No hagais caso de este loco.

Miron. Cómo que no? vive Dios,
que despues de estar callando
como un eterno Miron,
no he de parlar por saber
(ya que el negocio acabó)
lo que importa que se sepa
aquí, en Flándes, y en Japón?

Leon. Pues qué será?

Cosme. Di, qué esperas?

Miron. He de quedarme, señor,
á la Luna de Valencia,
sin que me den un relox,
que le toque y le retoque
con la llave de mi amor?

Cosme. Yo te prometo mil pesos,
para que cases, Miron,
á tu gusto.

Miron. Vivas, Cosme,
mas años, que vueltas dió
ese farol, que ilumina
á este grande pavellon.

Todos. Y con esto aquí el Poeta
á todos pide perdon;
porque tenga fin dichoso
la Negra por el Honor.

FIN.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se hallará esta y otras de diferentes Títulos.
Año 1762.